



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Octubre de 2013

Nº 383

Semana de la Familia 2013

**"Celebra la fe
con alegría,
como familia de Dios"**

COMISION DIOCESANA DE PASTORAL FAMILIAR
Diócesis de San Juan de los Lagos

SUMARIO:

Circular del Sr. Obispo	1
Presentación del temario	3

TEMAS:

1.- ¡Vámonos de fiesta!	6
2.- Mi casa un altar	12
3.- Esperamos un hermanito	18
4.- También de dolor se canta	26
5.- Un carcelero de fiesta	33
Los Padres transmisores de la fe	39

Objetivo: “Descubrir el significado y la belleza de la fe, para que haciendo fiesta, celebremos como familia la alegría de creer en Dios”.

La fe tiene un carácter gozoso, lleno de esperanza. La fe da significado a la vida, la llena de color. En el centro de la reflexión ponemos a la familia que mira hacia Dios reconociéndolo como su único Señor. La familia que mira hacia Dios hace de la vida una fiesta, una celebración. La familia que mira hacia Dios es transformada por su luz y celebra la fe con alegría, porque en Dios encuentra su fortaleza.

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión diocesana de Pastoral Familiar

Diócesis de San Juan de los Lagos.



OBISPADO DE
SAN JUAN
DE LOS LAGOS

San Juan de los Lagos, Jal., 20 de agosto de 2013.

A TODA LA FAMILIA DIOCESANA

Circular No. 12/13

CON MOTIVO DE LA SEMANA DE LA FAMILIA 2013

Nuevamente envío un saludo a las familias de la Diócesis de San Juan de los Lagos. Con esta carta quiero hacerme presente en sus hogares y estar cerca de cada uno de ustedes, de cada una de sus familias, en sus alegrías y tristezas.

Quiero mostrarles mi cercanía con su familia y con todas las familias. Reconozco que hoy muchas familias viven momentos difíciles y experimentan fuertes ataques que debilitan la unidad familiar. No se desanimen ante las adversidades, oren a Dios por ustedes y sigan luchando por su familia y por mantenerse fieles al compromiso que adquirieron ante el Señor el día de su matrimonio; busquen ayuda en sus parroquias y en los grupos parroquiales de familia, ahí encontrarán orientaciones precisas para enfrentar sus problemas y mantener vivo el amor en su matrimonio y en su familia.

En nuestra Diócesis este año lo estamos dedicando de manera prioritaria a la celebración gozosa de la fe. Nuestras familias, en su gran mayoría, son creyentes. La fe es un aspecto importante en la vida de las familias y de nuestros pueblos.

Sin embargo reconozco que no todas las familias viven y celebran su fe; hay quienes viven en la indiferencia y celebran la fe ocasionalmente. Quiero invitar a su familia para que este año



pongan toda su atención en la celebración de su fe; no participen en las celebraciones por costumbre o por obligación, busquen encontrarse con Cristo en cada celebración en la que participen. No reduzcan su fe a participar en misa los domingos, sino que hagan de su casa un santuario donde se celebre la fe y le den gloria a Dios nuestro Señor.

La comisión diocesana de pastoral familiar ofrece, para esta semana de la familia, un material que les ayudará a reflexionar en la celebración la fe. El tema que se ha elegido es: «Celebra la fe con alegría, como familia de Dios». Con estos temas se pretende recuperar la alegría y el gozo de creer y de celebrar la fe juntos, en todas las etapas y circunstancias de la vida familiar. Toda celebración es una fiesta. Les invito para que descubran la alegría de celebrar la fe en su propia casa y en la gran familia de Dios que es la Iglesia. Participen en las reflexiones de la semana de la familia, si es posible participe toda la familia. La semana de la familia les ayudará a reflexionar junto con otras familias en cómo celebrar la fe.

El Papa Francisco, en la carta encíclica *Lumen Fidei*, afirma: «Es imposible creer cada uno por su cuenta. La fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, no es una relación exclusiva entre el «yo» del fiel y el «Tú» divino, entre un sujeto autónomo y Dios. Por su misma naturaleza, se abre al «nosotros», se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia... Por eso, quien cree nunca está solo, porque la fe tiende a difundirse, a compartir su alegría con otros» (LF 39).

Les invito a celebrar su fe en familia y a participar en las celebraciones de la comunidad eclesial. Pongan mucho empeño en la celebración dominical y en la celebración de los sacramentos, sobre todo de sus hijos. La misa dominical ha de ser un momento privilegiado para alimentar su fe como personas y como familia, en comunión con toda la Iglesia. No pidan los sacramentos de sus hijos por mero cumplimiento o compromiso social, sino que háganlo con fe; por ello les pido que se prepare bien la celebración de cada sacramento de sus hijos. En sus parroquias

encontrarán las catequesis pre sacramentales que les ayudarán para una adecuada preparación, ¡aprovéchenlas!

Familias, ¡vivan de la fe! «En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia: los niños aprenden a fiarse del amor de sus padres. Por eso, es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos» (LF 53).

Queridos padres de familia si ustedes no cultivan prácticas comunes de fe en sus hogares y en la comunidad parroquial, sus hijos tendrán mayores dificultades para vivir su fe. Hoy es muy necesario acompañar de cerca la fe de cada uno de sus hijos y celebrar junto con ellos la fe que profesamos. La oración en familia, la lectura y meditación de la Palabra de Dios, la celebración dominical y la celebración de los demás sacramentos son medios importantes para que acompañen a sus hijos en el camino de la fe. No basta con mandarlos a misa, hay que ir con ellos y comulgar con ellos: en familia. Acompañar a sus hijos es estar con ellos en la celebración de los sacramentos y en los momentos de oración diaria. Fomenten la oración en familia.

Pido a Dios por su familia para que el Señor los mantenga unidos en el amor y mantenga viva la llama de la fe en cada uno de ustedes. Encomiendo a la Familia de Nazaret las reflexiones de esta semana de la familia; que Jesús, José y María intercedan ante nuestro Dios para que estas reflexiones den mucho fruto en su familia y en muchas familias.

Reciban todos mi bendición y apoyo.



+ Felipe SALAZAR VILLAGRANA
Obispo de San Juan de los Lagos

Presentación del Temario

La semana de la familia se ha convertido en nuestra Diócesis en uno de los espacios privilegiados de evangelización, reflexionando en temas relacionados directamente con la familia. De acuerdo al itinerario evangelizador que hemos trazado en nuestra Diócesis, este año reflexionaremos en la «celebración gozosa de la fe». Cada una de las comisiones o vocalías que ofrecen subsidios de formación y reflexión estarán atendiendo a algún aspecto de la celebración de la fe. La comisión diocesana de pastoral familiar ofrece este temario buscando dar respuesta a la celebración de algunos momentos y etapas de la vida familiar.

El tema que se ha elegido es: «Celebra la fe con alegría, como familia de Dios». Con este tema queremos insistir en dos características que deben tener las celebraciones cristianas: la alegría y la fe. La vida familiar está marcada por diferentes etapas y por diversas circunstancias las cuales hay que vivirlas con fe y con alegría. Ser familia de Dios es vivir de la fe, es vivir confiando en el Señor, es vivir como familia cristiana.

En la época que estamos viviendo el hombre pierde fácilmente la esperanza y el sentido de la vida y busca llenar ese vacío con experiencias que lo llevan a la satisfacción inmediata de sus deseos y necesidades, pero que al final dejan más grande su vacío y descontento con la vida. Como cristianos creemos que la fe es una respuesta que puede orientar la vida y darle un significado diferente que llene las expectativas del hombre, un significado trascendente.

En cada etapa y circunstancia de la vida, la fe ofrece un horizonte de comprensión amplio que trasciende al mismo hombre y da sentido a la vida presente. La pastoral familiar diocesana quiere ofrecer estos temas con la intención favorecer una vivencia y una celebración más plena de algunas circunstancias de la vida familiar iluminándolas con la Palabra de Dios y con la oración.

El objetivo que tiene la semana de la familia es: «Celebrar la fe de manera gozosa y fructífera en las diferentes etapas y acontecimientos de la vida familiar para que anunciando y viviendo el Evangelio de la vida, colaboremos en la transformación de nuestra realidad promoviendo la cultura cristiana».

La reflexión la iniciamos con una invitación para toda la familia: **¡Vámonos de fiesta!** Con este tema queremos insistir en la importancia de celebrar

la alegría de la fe en familia. El objetivo que tiene el tema es «descubrir el significado y la belleza de la fe, para que haciendo fiesta, celebremos la alegría de creer en nuestra familia». Este tema nos invita a reconocer a Dios en la vida familiar y descubriéndolo hacer una fiesta.

En la vida familiar hay momentos y circunstancias cargados de gracia que es necesario celebrar de manera particular. El segundo tema: **«Mi casa un altar»**. Queremos con este tema invitar a celebrar en familia los sacramentos de la vida. Toda la vida familiar es sacramental, pero es importante preparar la celebración de los sacramentos. El objetivo de este tema es: «Reconocer



el valor de la vida sacramental, como signos de vida y salvación que Jesús nos ofrece, para que celebremos con fe y alegría los sacramentos de la vida en nuestra familia». La salvación la recibimos de manera privilegiada por medio de los sacramentos, celebrarlos con alegría y fe es ponernos en el camino de la santidad.

Toda vida es un regalo de Dios y toda vida llena de esperanza la vida de la persona y de la familia. El tema número tres es: «**Esperamos un hermanito**». En este tiempo donde la vida humana sufre tantos ataques es importante reconocer y celebrar el don de la vida con esperanza. El cristiano reconoce la vida como un don de Dios, el objetivo de este tema es: «Valorar la grandeza y la dignidad de la vida humana, como don de Dios, para que fomentando la espiritualidad de la vida, seamos promotores de esperanza en nuestro mundo».

Uno de los momentos más difíciles en la vida personal y familiar es cuando llega la enfermedad, el dolor, el sufrimiento y la muerte. El tema cuatro: «**También de dolor se canta**», nos invita a celebrar el dolor y el sufrimiento como medio de salvación. Ante una cultura que quiere evitar a toda costa el dolor, invitamos a «hacer una reflexión cristiana sobre la enfermedad y la muerte en la vida familiar, para que descubriendo su valor salvífico, las vivamos con fe, unidos a Cristo en la alegría de la salvación». En el dolor y en el sufrimiento experimentamos la alegría de creer.

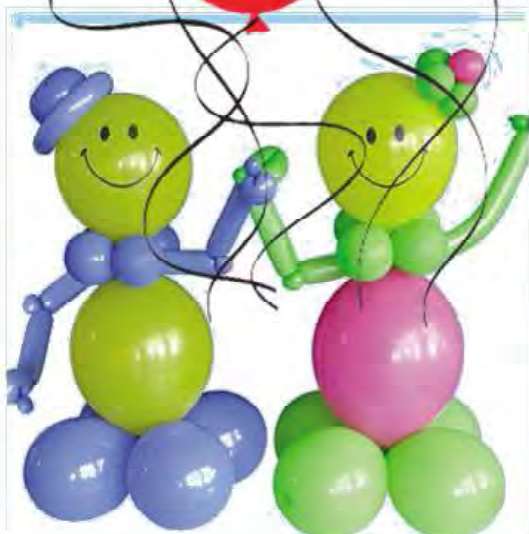
Finalmente el tema número cinco es una lectio divina que se titula: «**Un carcelero de fiesta**». Basado en el texto de los hechos de los Apóstoles 16, 25-40. Un carcelero hace una fiesta en su casa por haber creído en el Señor. La lectio divina nos invita a «meditar en la conversión del carcelero de Filipos, para que descubriendo la salvación que nos viene de creer en Dios, celebremos una fiesta de familia por haber creído en el Señor». Pablo y Silas encarcelados cantan himnos al Señor; el cristiano está invitado a cantar a Dios en el dolor y en el sufrimiento, a vivir en una fiesta continua por haber creído en Dios.

Con esta temática queremos ofrecer un aporte para que la familia celebre la vida en la alegría y en la fe en Dios. No hay auténtica fiesta sino hay celebración y celebrar es dar significado a toda la vida. Hay fiestas que dejan resaca, son fugaces y momentáneas; la fiesta es celebración que llena de esperanza la vida, le da sentido y la trasciende; podemos decir que la celebración nos pone en el camino de la eternidad.

Ofrecemos como en otros años, el folleto para cada familia. Este folleto será de gran ayuda para la profundización de los temas y para que cada familia pueda tener un espacio de reflexión sobre la celebración gozosa de la fe. Los temas están estructurados así: Título del tema y subtítulo, objetivo, oración inicial (con la palabra de Dios y una procesión de signos), experiencia de vida (corresponde al momento del ver la realidad), reflexión (corresponde al momento del pensar estructurada en tres partes: un análisis, una idea central y una aplicación a la familia), compromiso (aquí se sugiere invitar a matrimonios o familias que compartan su testimonio de vida) y una oración final.

Esperamos que estos temas sean de ayuda para la vivencia del año de la celebración gozosa de la fe. Invitamos a buscar las formas y los modos de compartir estos temas con las familias de la Diócesis. Hay parroquias que realizan la semana de la familia como tradicionalmente se ha hecho en los barrios, en pequeños grupos. Otras han optado por semanas masivas en el templo o en algún auditorio. Otras han compartido los temas con los padres de familia de los niños del catecismo, de manera particular para los de primera comunión y confirmación. Otras los imparten en las celebraciones eucarísticas. Otras han optado por llevar casa por casa un folleto a cada familia de la parroquia. Otras ofrecen los folletos los domingos al salir de las misas. Otras van a las escuelas y los imparten a los niños. ¡Qué bueno que haya creatividad en la forma de impartir estos temas de la semana de la familia! Busquemos la mejor manera de hacer llegar la reflexión a la mayor cantidad de familias.

1.- ¡Vámonos de fiesta!



Objetivo: “Descubrir el significado y la belleza de la fe, para que haciendo fiesta, celebremos como familia la alegría de creer en Dios”.

1.- UBICACIÓN DE LA SEMANA DE LA FAMILIA.

Esta semana de la familia tiene como tema central: «Celebra la fe con alegría, como familia de Dios» (Se puede comentar lo que llama la atención del poster de la semana de la familia)

El objetivo que nos hemos trazado para esta semana es: «Celebrar la fe de manera gozosa y fructífera en las diferentes etapas y acontecimientos de la vida familiar para que anunciando y viviendo el Evangelio de la vida, colaboremos en la transformación de nuestra realidad promoviendo la cultura cristiana.» (Se pueden comentar los aspectos o ideas que más llaman la atención. Además se pueden enumerar los temas que se tratarán a lo largo de la semana)

El Señor obispo don Felipe Salazar nos ha enviado un mensaje para esta semana de la familia, en el año de la celebración gozosa de la fe, escuchémoslo.

Se puede leer o escuchar en el cd el mensaje del Señor Obispo y después comentar las ideas más importantes.

1.- ¡Vámonos de Fiesta!

«Celebremos en familia la alegría de la fe»

El tema que vamos a ver hoy se titula: ¡Vámonos de fiesta! El objetivo que queremos alcanzar es: «Descubrir el significado y la belleza de la fe, para que haciendo fiesta, celebremos como familia la alegría de creer en Dios».

2.- ORACIÓN INICIAL

Monitor: Nos hemos reunido para reflexionar en esta semana de la familia en una de las virtudes cardinales: la fe. Nos unimos a nuestra Iglesia diocesana en el año de la celebración gozosa de la fe. En este año tenemos como lema: celebrar la fe con alegría, como familia de Dios. Como familia que cree en Dios nos disponemos para iniciar esta semana de reflexión.

Se enciende un cirio y se coloca una imagen de la sagrada familia con un ramo de flores. Pueden llevarse en procesión mientras se hace el canto.

Canto:

SE MI LUZ

Se mi luz, enciende mi noche.

Se mi luz, enciende mi noche.

Se mi luz, enciende mi noche.

Mi noche, se mi luz. (Bis)

El camino sin ti es tan largo

Y tu llanto acoge mi dolor

Tu palabra acalla mi miedo

Y tu grito se expresa en mi canto.

Se mi luz...

Monitor: Escuchemos ahora la palabra de Dios, en ella descubrimos el gozo de encontrar la oveja perdida, la alegría que hay en el cielo por un pecador que se convierte.

Lectura: Lc. 15, 4-10.

¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y una de ellas se pierde, no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la que está perdida hasta que la halla? Al encontrarla, la pone sobre sus hombros, gozoso; y cuando llega a su casa, reúne a los amigos y a los vecinos, diciéndoles: «Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido.» Os digo que de la misma manera, habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento.

¿O qué mujer, si tiene diez monedas de plata y pierde una moneda, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado hasta hallarla? Cuando la encuentra, reúne a las amigas y vecinas, diciendo: «Alegraos conmigo porque he hallado la moneda que había perdido.» De la misma manera, os digo, hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente. Palabra del Señor.

Monitor: Pensemos en un momento sobre aquellas cosas que nos quitan la alegría. ¿Qué hemos perdido que nos quita alegría y no nos deja vivir la fe? (Momento de reflexión personal y espacio para compartir algunas ideas.) Invoquemos a la Santísima Virgen María y pidamos su ayuda para esta semana de reflexión.

Todos: ¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.



Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Papa Francisco, Porta Fidei

3.- EXPERIENCIA DE VIDA:

LAS BODAS DE ORO DE LOS ABUELOS.

Mis abuelos, Jorge y Nancy, van a cumplir sus cincuenta años de vida matrimonial. Hoy la familia está reunida para organizar la fiesta. Mi primo Adrián quiere traerse una buena banda, dice que si no hay buen ruido no sirve la fiesta. Mi tío Abel, quiere que invitemos a los amigos de los abuelos, que haya mucha gente. Mi tía Martha, pregunta ¿quién va hacer tanta comida? ¿Dónde vamos a meter

a tanta gente? Las tías ya nos uniformaron a todos: Los hijos van de color negro y azul, los nietos con camisa o blusa rosa. Para la misa van a invitar al padre de la parroquia vecina.

La reunión está muy animada, todos planean y piensan como se verían mejor, que luciría más, que le gustará más a la gente; piensan en arreglos, flores, adornos, platillos. De pronto el abuelo, que ha estado callado, dice: «Quiero

decirles algo. Vamos a hacer fiesta. Pero, quiero que el motivo principal sea para dar gracias a Dios, porque ha estado con su abuela y conmigo durante todos estos años de vida. Cuando nos casamos lo único que teníamos era fe y amor, no teníamos nada. Yo siempre he tenido fe en Dios y quiero mucho a su abuela. Casarme con ella es el regalo más grande que Dios me ha dado en la vida. Hoy podemos decirles: «valió la pena la vida y valió la pena el matrimonio». Quiero que hagamos fiesta porque Dios nos quiere mucho y nosotros los queremos a ustedes. Organicen todo lo que quieran, Nancy y yo, sólo les pedimos que estén unidos y que nunca se olviden de Dios, porque sin Dios la fiesta no tiene sentido. Para nosotros toda la vida ha sido fiesta, porque Él ha estado con nosotros».



Preguntas:

1. ¿Qué te llama la atención de esta historia?
2. ¿Qué piensas del la vida matrimonial de Jorge y Nancy?
3. ¿Señala algunos acontecimientos familiares que celebramos con fe?
4. ¿Por qué hacemos fiesta en nuestras familias?

4.- REFLEXIÓN

1.- Crisis de sentido.

En la actualidad descubrimos una fuerte crisis de sentido, que al final es crisis de fe. «No se refiere a los múltiples sentidos parciales que cada uno puede encontrar en las acciones cotidianas que realiza, sino al sentido que da unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia, y que los creyentes llamamos el sentido religioso» (DA 37).

Los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida reconocen esta crisis de sentido que nos hace perder referencia hacia lo sagrado, hacia Dios. El hombre contemporáneo busca encontrar sentido a la vida en las realidades temporales pero no logra encontrar un fundamento capaz de dar explicación a toda la vida del hombre. Quitamos la referencia a Dios y vivimos inmerso en lo terreno. Nuestras tradiciones culturales, la religiosidad popular y la devoción mariana nos han ayudado a reconocer nuestra condición de hijos de Dios, «sin embargo, debemos admitir que esta preciosa tradición comienza a erosionarse» (DA 38).

Al estar perdiendo las tradiciones religiosas y contaminarlas con formas de vida que quitan la referencia a Dios, el hombre cae fácilmente en el vacío de la vida. Para llenar el vacío de la vida el hombre busca experiencias que generen emoción y hagan fluir la adrenalina. Hoy vemos como se han multiplicado y diversificado los espacios de diversión y entretenimientos. Estos espacios funcionan como evasores de la realidad y de la vida. Son un escape, que pretende llenar el vacío del hombre; llenan la vida de emociones y nos desconectan de la realidad, de nosotros mismos y de Dios. Por ejemplo: antros, discos, bares, casinos, clubs, tardeadas, conciertos, bailes masivos, concursos, redes sociales, etc.

Los Obispos latinoamericanos reconocen que: «al lado de la sabiduría de las tradiciones se ubica ahora, en competencia, la información de último

minuto, la distracción, el entretenimiento, las imágenes de los exitosos que han sabido aprovechar en su favor las herramientas tecnológicas y las expectativas de prestigio y estima social. Ello hace que las personas busquen denodadamente una experiencia de sentido que llene las exigencias de su vocación, allí donde nunca podrán encontrarla» (DA 39).

Hoy hemos cambiado la fiesta por la diversión y el entretenimiento. La diversión y el entretenimiento buscan solo hacer pasar un rato grato, muchas veces ayudados de estimulantes, como el alcohol o la droga, música y aventura, y en ocasiones sexo. Hoy se multiplican los espacios de diversión y entretenimiento y disminuyen los espacios de fiesta. Hay una gran diferencia entre entretenimiento y fiesta: el entretenimiento sólo es para satisfacer mis necesidades emocionales, para matar el tiempo, como decimos. En cambio la fiesta es para darle significado a la vida. La fiesta tiene un carácter humanizador. La fiesta involucra a toda la persona y a toda la vida. La fiesta nos realiza y nos hace más personas. La diversión y el entretenimiento nos desgastan y nos dejan fuerte resaca.

La fiesta humaniza porque provoca el encuentro y las relaciones humanas significativas. Se busca al otro no para satisfacer necesidades o pasar el tiempo, sino para compartir la vida. La fiesta es compartir el don del otro, es darle sentido a la propia vida. La Fiesta es un día especial, o quizá aquello que hace que cada día sea una Fiesta porque da sentido al tiempo. Saint Exupéry, en su obra el Principito lo expresa de un modo insuperable: «Los ritos son en el tiempo lo que la morada es en el espacio. Bueno es que el tiempo que transcurre no nos dé la sensación de gastarnos y perdernos como el puñado de arena, sino de realizarnos. Bueno es que el tiempo sea una construcción. Así voy de fiesta en fiesta y de aniversario en aniversario, de vendimia en vendimia, como iba cuando era niño de la sala del consejo a la sala del reposo, en la anchura del



palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían sentido».

En la vivencia y celebración de la fe, la familia experimenta una real competencia con ese mundo de la diversión y del entretenimiento. Hoy orar en familia es muy complicado porque todos en casa tienen algo que hacer. Rezar el rosario es complicado porque la televisión y el internet absorben el tiempo de todos los de la casa, no hay tiempo. Todos están entretenidos en algo. Participar en la misa dominical con perseverancia es difícil pues es un día para ir de paseo y de salir con la familia y los amigos. Celebrar la fe en familia contrasta con el estilo de vida de las nuevas generaciones, que buscan más la distracción y el pasarla bien.

2.- Creer es descubrir la verdad de la vida.

Hoy que la fiesta está perdiendo su sentido humanizador, debemos llevar al hombre a descubrir la belleza de creer. Como dice el Papa Benedicto XVI: «Debemos por ello sostener que es posible también en nuestra época, aparentemente tan refractaria a la dimensión trascendente, abrir un camino hacia el auténtico sentido religioso de la vida, que muestra cómo el don de la fe no es absurdo, no es irracional» (Audiencia, 7 de noviembre de 2012). Esta búsqueda que hay en el interior del hombre lo lleva a descubrir el significado profundo de la vida. «La persona busca siempre la verdad de su ser, puesto que es esta verdad la que ilumina la realidad de tal modo que pueda desenvolverse en ella con libertad y alegría, con gozo y esperanza» (DA 42).

En la carta encíclica *Lumen fidei*, el Papa Francisco habla de la necesidad de descubrir la luz de la fe, capaz de iluminar toda la existencia del hombre, una luz que no viene de nosotros mismos: «Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios» (LF 4). Creer es confiar en esa luz,

es iluminar con esa luz toda nuestra existencia, es dale significado a toda nuestra vida. Por la fe, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro.

Entonces la fe se nos revela como confianza plena en ese Bien infinito, confianza en ese Dios que nos ama plenamente. «La fe nos dona precisamente esto: es un confiado entregarse a un «Tú» que es Dios, quien me da una certeza distinta, pero no menos sólida que la que me llega del cálculo exacto o de la ciencia. La fe no es un simple asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios; es un acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un «Tú» que me dona esperanza y confianza» (Benedicto XVI, audiencia del 24 de octubre de 2012).

La fe entendida así, no sólo da sentido a la vida, sino que abre el horizonte a una vida plena llena de esperanza. La crisis de sentido, que lleva a caer en el vacío, es superada con esta apertura a Dios. Creer es confiar, es abrirse al futuro, es vivir el presente esperando la novedad que viene de Otro, de Dios, que puede hacer nueva la existencia. La fe es apertura al amor de Dios. «La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo» (LF 4).

La familia es el espacio privilegiado para descubrir esa luz que ilumina el sendero del caminar diario. La familia que descubre su relación con Dios, le confía todos los momentos de la vida, gozos y alegrías, penas y dolores. La fe da a la familia luz para enfrentar todas las situaciones



que se le presenten. Cuando hay padres que saben confiar en Dios, transmiten serenidad y confianza a sus hijos. La vida es vivida con más serenidad, con más paz. Cuando no hay confianza en Dios los hijos crecen más preocupados e inseguros en la vida. Viven en la desconfianza. «Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija» (LF 3).

3.- Celebramos en familia la alegría de creer.

El Papa Francisco reconoce que el año de la fe, convocado por su antecesor Benedicto XVI, «nos está ayudando a sentir la alegría de creer, a reavivar la percepción de la amplitud de horizontes que la fe nos desvela, para confesarla en su unidad e integridad, fieles a la memoria del Señor, sostenidos por su presencia y por la acción del Espíritu Santo» (LF 5).

Quien descubre la verdad de la vida, el sentido religioso de la vida que abre a la confianza en Dios, celebra con alegría su descubrimiento. Es como el pastor que va buscando la oveja perdida, y cuando la encuentra regresa lleno de alegría y reúne a sus amigos y conocidos y le dice: Alégrese conmigo porque ya encontré la oveja que se me había perdido. (Lc. 14, 16-24). Descubrir la novedad de Dios llena de alegría la vida de la persona. Esta buena noticia hay que contarla y hay que celebrarla con los demás.

Es importante en la familia ayudar a descubrir la alegría de creer en Dios, verdad que nos ayuda a dar significado a toda nuestra existencia. El Papa Benedicto nos ofrece orientaciones precisas que pueden favorecer el sentido religioso en el hombre, dice: «Sería de gran utilidad, a tal fin, promover una especie de pedagogía del deseo, tanto para el camino de quien aún no cree como para quien ya ha recibido el don de la fe».

El Papa habla de dos aspectos importantes: «En primer lugar aprender o re-aprender el gusto

de las alegrías auténticas de la vida. No todas las satisfacciones producen en nosotros el mismo efecto: algunas dejan un rastro positivo, son capaces de pacificar el alma, nos hacen más activos y generosos. Otras, en cambio, tras la luz inicial, parecen decepcionar las expectativas que habían suscitado y entonces dejan a su paso amargura, insatisfacción o una sensación de vacío. Educar desde la tierna edad a saborear las alegrías verdaderas, en todos los ámbitos de la existencia —la familia, la amistad, la solidaridad con quien sufre, la renuncia al propio yo para servir al otro, el amor por el conocimiento, por el arte, por las bellezas

de la naturaleza—, significa ejercitar el gusto interior y producir anticuerpos eficaces contra la banalización y el aplanamiento hoy difundidos. Igualmente los adultos necesitan redescubrir estas alegrías, deseando realidades auténticas, purificándose de la mediocridad en la que pueden verse envueltos. Entonces será más fácil soltar o rechazar cuanto, aun aparentemente atractivo, se revela en cambio insípido, fuente de acostumbramiento y no de libertad. Y ello dejará que surja ese deseo de Dios del que estamos hablando» (Audiencia, 7 de noviembre de 2012).

Un segundo aspecto, que lleva el mismo paso del precedente, es no conformarse nunca con lo que se ha alcanzado. Precisamente las alegrías más verdaderas son capaces de liberar en nosotros la sana inquietud que lleva a ser más exigentes —querer un bien más alto, más profundo— y a percibir cada vez con mayor claridad que nada finito puede colmar nuestro corazón.

Un segundo aspecto, que lleva el mismo paso del precedente, es no conformarse nunca con lo que se ha alcanzado. Precisamente las alegrías más verdaderas son capaces de liberar en nosotros la sana inquietud que lleva a ser más exigentes —querer un bien más alto, más profundo— y a percibir cada vez con mayor claridad que nada finito puede colmar nuestro corazón.

Crear en Dios, saber que él me ama, que yo puedo confiar en él, que es él quien ilumina mi vida y clarifica el horizonte de mi existencia es motivo más que suficiente para celebrar y hacer fiesta. Es la fiesta de la fe, es la fiesta del Dios que descubro en mi vida. Es la fiesta de la familia. Abrirse a Dios y a su luz divina es encontrar el



sentido trascendente de la vida. Hoy hacemos una invitación a todos los hombres y mujeres que tienen fe: ¡Vámonos de fiesta!

La vida es una fiesta, que nos lleva al encuentro de los otros y del Otro, al encuentro con Dios. Invitamos de igual forma a los «hombres que, aunque no crean, desean creer y no dejan de buscar. En la medida en que se abren al amor con corazón sincero y se ponen en marcha con aquella luz que consiguen alcanzar, viven ya, sin saberlo, en la senda hacia la fe... Quien se pone en camino para practicar el bien se acerca a Dios, y ya es sostenido por él, porque es propio de la dinámica de la luz divina iluminar nuestros ojos cuando caminamos hacia la plenitud del amor» (LF 35).

Celebrar la fe en familia requiere haber descubierto la alegría de la vida, la verdadera alegría, apertura a los bienes superiores, al bien infinito. Celebra la fe quien reconoce a ese Dios en la vida, quien descubre la luz que viene de Dios e ilumina toda la vida familiar. Hoy necesitamos reemprender el camino de búsqueda de esa luz que clarifica la vida, amplía el horizonte y nos llena de alegría. Hoy es necesario impulsar en la vida familiar la búsqueda de la verdadera alegría que nos lleve al encuentro del amor de Dios. Quien encuentra el rayo de luz venido de Dios, celebra con gozo, hace fiesta.



5.- COMPROMISO

Hacer una invitación a todos los participantes a responder las siguientes preguntas. Se puede luego invitar a una familia que de su testimonio de vida, respondiendo las preguntas y compartiendo como celebran la fe en su familia.

Preguntas:

1.- **¿En qué momentos de la vida personal, matrimonial y familiar han reconocido la presencia de Dios en sus vidas?**

2.- **¿En qué situaciones de vida reconocemos la luz de Dios que aclara nuestro caminar matrimonial y familiar?**

3.- **¿Qué podemos hacer como familia para celebrar la fe con alegría, para que hagamos fiesta?**

6.- CELEBRACIÓN.

Monitor: Hoy descubrimos a Dios en nuestra vida, él ha estado siempre con nosotros, ha estado en nuestra familia en los momentos buenos y malos. Esto nos llena de alegría por eso con gozo cantamos al Señor.

Canto:

YO TENGO GOZO

*Yo tengo gozo en mi alma, gozo en mi alma,
gozo en mi alma y en mi ser. Aleluya, gloria Dios.
Son como ríos de agua viva, ríos de agua viva
ríos de agua viva en mi ser.*

*Vamos cantando, con todo su poder.
Vamos cantando con todo su poder.
Da gloria a Dios, da gloria a él.
Vamos cantando con todo su poder.*

Yo tengo gozo....

*No te avergüences y alaba a tu Señor.
No te avergüences y alaba a tu Señor.
Da gloria a Dios, da gloria a él.
No te avergüences y alaba a tu Señor.*

Yo tengo gozo...

*Y es Cristo quien me hace cantar.
Y es Cristo quien me hace cantar.*

*De todos mis pecados libre soy, al cielo voy
Y es Cristo quien me hace cantar.*

Yo tengo gozo...

Monitor: Consagramos a la Santísima Virgen esta semana de reflexión, le pedimos por nuestra familia para que vivamos plenamente la fe.

Todos: ¡Ho, Señora mía! ¡Ho, madre mía! Yo me ofrezco enteramente a ti, y en prueba de mi filial afecto te consagro en esta noche, mis ojos, mis oídos, mi lengua y mi corazón, en una palabra todo mi ser ya que soy todo tuyo, ho madre de bondad. Guárdame, rígame, gobiérname. Amén.

2.- Mi casa un altar.

Objetivo: Reconocer el valor de la vida sacramental, como signos de vida y salvación que Jesús nos ofrece, para que celebremos con fe y alegría los sacramentos de la vida en nuestra familia.



Celebremos en familia los sacramentos de la vida.

Objetivo: Reconocer el valor de la vida sacramental, como signos de vida y salvación que Jesús nos ofrece, para que celebremos con fe y alegría los sacramentos de la vida en nuestra familia.

Lectura: Jn. 3, 16. 10, 10.

«Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna». «Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud». Palabra de Dios.

1.- ORACIÓN INICIAL.

Monitor: Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, dice San Pablo a Timoteo. La salvación es para todos nosotros. Jesús se ha encarnado para darnos vida y vida en abundancia. Escuchemos la lectura del Evangelio de San Juan.

Monitor: Jesús es el sacramento del Padre, es el signo de salvación para todos los hombres. Viene a darnos vida. Reflexionemos en un momento en el texto del Evangelio. (Unos momentos de silencio. Se puede compartir lo que más llama la atención, lo que hace pensar el texto).

Se hace una procesión con algunos signos sacramentales: agua, luz, pan, vino, aceite, mancuerna, etc. Mientras se hace la procesión se canta.

Canto:

DIOS AL MUNDO AMÓ

*Dios al mundo amó y a su Hijo dio.
Para que todo aquel, que crea en él.
No se pierda, más tenga vida eterna.*

Monitor: Agradecemos a Dios la salvación que nos ofrece a través de Jesucristo, a través de la Iglesia y a través de los sacramentos.

Todos: Gracias, Señor por la salvación que nos ofreces.

Monitor: Nuestra casa es una pequeña Iglesia donde podemos experimentar la salvación que viene de Dios.

Todos: Gracias, Señor por la salvación que nos ofreces.

Monitor: Nuestro cuerpo es Templo del Espíritu Santo, lugar donde Dios se manifiesta.

Todos: Gracias, Señor por la salvación que nos ofreces.

Monitor: Pidamos a María nos ayude a vivir la fe y la salvación que viene de Dios.

Todos: ¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Papa Francisco, Porta Fidei.

2.- EXPERIENCIA DE VIDA:



Hace algún tiempo un hombre castigó a su hija de 5 años de edad por desperdiciar un rollo de papel dorado para envolver que era muy caro. El dinero estaba escaso y él se enojó aún más cuando la niña tomó el papel dorado y envolvió con él una caja que guardó para él.

Sin embargo, la niñita le trajo la caja de regalo a su padre la mañana siguiente y le dijo: Esto es para ti papito. El padre estaba avergonzado por su anterior reacción exagerada, pero, su enojo apareció de nuevo cuando encontró que la caja estaba vacía. Y entonces habló a su hija de una manera recia: -¿No sabes, jovencita, que cuando das un regalo a alguien, se supone que debe haber algo dentro del paquete?

La niña lo miró con lágrimas en sus ojos y le dijo: -»Papá, no está vacía. Le puse besitos hasta que se llenó». El padre estaba deshecho. Cayó de rodillas y abrazó a su pequeña hija, y le rogó que lo perdonara por su enojo innecesario.

Un accidente le quitó la vida a la niña sólo un poco tiempo después, y se dice que el papá conservó la caja dorada junto a su cama por todos los

años que le quedaron de vida. Y cuando él estaba desanimado o enfrentaba problemas difíciles, abría la caja y tomaba un beso imaginario y recordaba el amor que la niña había puesto allí.

Preguntas:

- 1.- ¿Qué te parece la historia?
- 2.- Para el papá, ¿qué significado tiene la caja de regalo?
- 3.- En nuestra casa ¿Qué signos tenemos en los que reconocemos el amor que Dios nos tiene?
- 4.- En la familia ¿cómo se preparan para recibir los sacramentos?

3.- REFLEXIÓN.

1.- Pérdida de la identidad sacramental.

Hoy descubrimos como los hogares se están descristianizando o desacralizando, son cada vez menos las expresiones de fe que se viven al interior de las familias. Podemos decir que las familias se están secularizando, es decir están perdiendo su sentido religioso, sagrado, sacramental. El hombre se ha desvinculado de lo sagrado y le cuesta mucho trabajo entrar en el mundo de los signos y de lo simbólico.

Los signos cristianos están perdiendo su significado, hemos caído en ritualismos donde necesitamos explicar los signos porque ya no significan nada. Lo simbólico sacramental es parte esencial en la vida del hombre, lo conectan con lo trascendente. Así muchos signos sacramentales han perdido fuerza y valor para el hombre moderno, habituado más a la imagen, al movimiento, a lo virtual. Esta pérdida de lo sacramental simbólico trae consecuencias en la vida de los cristianos.

Hablando como cristianos católicos, encontramos que son cada vez menos los signos que expresan nuestra pertenencia a Cristo y a la Iglesia. Nuestro Plan Diocesano de Pastoral reconoce que: «Muchos padres de familia –particularmente las mamás– piden, con gran interés y exigencia, que sus hijos reciban los sacramentos de la Iniciación Cristiana desde pequeños, en orden a la

salvación eterna y muchos, sólo por requisito, los envían a la catequesis infantil; pero pocos se comprometen en un acompañamiento en el desarrollo de su vida cristiana en las etapas sucesivas» (VPDP 122).

Hoy muchos sacramentos se realizan más por formalismos externos y tradición social que por una convicción de fe. Los sacramentos se convierten fácilmente en pretextos para reuniones sociales o familiares o en mero cumplimiento exterior, legalista. Es aquí donde se abre una fuerte crítica a nuestra vivencia de la fe y a nuestra capacidad de entrar en el mundo de lo sagrado.

Además reconocemos un distanciamiento de lo sacramental. Para muchos cristianos los sacramentos no dicen nada, no significan nada o muy poco. El documento de aparecida habla de la necesidad de «valorar el sentido de la vida sacramental». Podemos decir que la identidad cristiana es muy débil y por lo tanto muy superficial. «Son muchos los creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los Sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial» (DA 286).

Esta pérdida de la identidad sacramental se expresa no sólo en la disminución de la vida sacramental, sino en el poco valor que se le considera a los mismos sacramentos. Hoy aumentan los cristianos católicos que no han completado su iniciación cristiana y muchos que no sacramentan su matrimonio. Pareciera que lo sacramental se está desconectando de la vida del cristiano. Los sacramentos son para unos cuantos y no forma parte esencial de la vida del cristiano.

La familia ve los sacramentos como requisitos parroquiales y no como exigencias de la vida cristiana. Para muchos niños y jóvenes los sacramentos han perdido su significado y se convierten en prácticas rituales vacías de contenido, los consideran como algo inoperante y carente de sentido. Los signos sacramentales no tienen significado para las nuevas generaciones, no son oportunidad de trascendencia y de encuentro con lo sagrado, con lo divino. Para las nuevas generaciones es más importante lo visual que lo simbólico.

2.- Los sacramentos signos de vida y salvación para la familia.

Los sacramentos son las obras maestras de Dios, pues en ellos se hacen presentes y operativos los grandes acontecimientos salvíficos, muy singularmente el de la Pascua de Cristo, por el que



fuimos reconciliados con Dios y participamos en su misma vida divina. Los sacramentos son signos sensibles que nos comunican la gracia de Dios. Son signos que podemos ver y palpar, y que nos expresan y transmiten otra realidad. Todo sacramento es signo que significa y simboliza la gracia de Dios dada al hombre. Los sacramentos son la forma concreta como recibimos la gracia de Dios, así como el padre recibe el amor y el afecto de su hija a través de la caja dorada.

La Iglesia reconoce siete sacramentos instituidos, aunque la vida del hombre esté llena de signos que nos comunican la vida de Dios. En virtud de la mediación de la Iglesia, la gracia salvadora de los siete sacramentos sale a nuestro encuentro a lo largo de nuestra vida, corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano:

- ♦ Con la Penitencia repara las heridas y restaura la comunión rota por el pecado.
- ♦ Con la Unción viene en nuestra ayuda para que vivamos con Cristo la enfermedad y demos sentido corredentor a nuestro sufrimiento.
- ♦ Por el Matrimonio santifica el amor humano entre hombre y mujer haciéndoles signo visible de la unión de Cristo y la Iglesia.
- ♦ Con el sacramento del Orden consagra a los sacerdotes como ministros de Cristo y les habilita para predicar, santificar y regir al pueblo de Dios.

Los sacramentos corresponden a las etapas y a los momentos importantes de nuestra vida cristiana: nacimiento, crecimiento, curación, misión y preparación para el encuentro definitivo con nuestro padre Dios. Los sacramentos se insertan en la vida del hombre y lo acompañan para comunicarles la vida de Dios. Los sacramentos nos los da la Iglesia como una mamá que cuida, protege, enseña, aconseja, alimenta y nutre a sus hijos. El Papa Juan Pablo II afirma: «Los Sacramentos, signos eficaces de la presencia y de la acción salvífica del Señor Jesús en la existencia cristiana. Ellos hacen a los hombres partícipes de la vida divina, asegurándoles la energía espiritual necesaria para realizar verdaderamente el significado de vivir, sufrir y morir» (EV 84).

La familia cristiana acompaña el caminar de sus hijos introduciéndolos en la vida de fe y ofreciéndoles los medios para vivir en la gracia de Dios. La coherencia de vida de la familia como Iglesia doméstica, tanto en los momentos más importantes como en los más comunes y ordinarios, es de suma importancia para transmitir la fe a los hijos. Es la familia la que ayuda a descubrir y a vivir la gracia sacramental en cada etapa de su vida. Adquiere mucha importancia el acompañamiento que hace la familia para la vivencia y recepción de los sacramentos, como un acontecimiento de vida y salvación para la familia.

El Papa Francisco afirma que los sacramentos son sacramentos de la fe y que la fe tiene una estructura sacramental. En los sacramentos se pone en juego toda la persona, cuerpo, espíritu,

interioridad y relaciones; en ellos se nos comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares de la vida, asociada a todos los sentidos; implica a la persona, como miembro de un sujeto vivo, de un tejido de relaciones comunitarias. El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno. (Cfr. LF 40).

La tarea de la familia cristiana esta en despertar ese nuevo sentido sacramental de la vida; despertar a lo sagrado, a lo divino. Es un despertar a la vida de fe. El Papa Francisco presenta dos ejes por los que discurre el camino de la fe: la memoria y la vinculación con lo sagrado. Por un lado es actualizar la gracia de Dios en el hoy del hombre y por otro, poder descubrir en los signos sacramentales la presencia de Dios en nuestras vidas. La tarea de la Iglesia y de la familia cristiana está en ayudar a descubrir a los hijos ese doble aspecto de la vida sacramental: el hoy de la salvación y el pasar de lo visible al misterio de Dios.

3.- Celebramos la salvación en familia.

Cada sacramento es celebración de la salvación de Dios que se nos ofrece a nosotros y nos comunica la gracia divina. Celebrar los sacramentos es reconocer la presencia de Dios entre nosotros. Celebrar implica hacer fiesta. Los cristianos celebramos la fiesta de la salvación, la fiesta de la vida, la fiesta del Dios que nos comunica su vida divina. El pueblo de Israel guiados por el rey David celebra la presencia de Dios en el arca de la Alianza, por eso cantan y danzan. El canto y la danza son signos de fiesta por la presencia de Dios.



La familia celebra la salvación que viene de Dios buscando recobrar el sentido sacramental en su vida. La familia celebra de diversas formas la salvación al interior de su propia casa. Hay dos formas concretas como pueden celebrar en familia la salvación que Dios nos ofrece: Teniendo un altar familiar y la participación en las celebraciones litúrgicas, de manera particular los sacramentos.

La casa es un altar para el Señor. El altar familiar se convierte en una expresión de la fe y da la salvación que Dios nos ofrece. Son importantes los signos que la familia utiliza para manifestar la presencia de Dios en su propia casa. En nuestras tradiciones religiosas utilizamos: imágenes, veladoras, altares, flores, etc. Hoy que los signos han perdido significado es importante recuperar este aspecto en la vida familiar.

Implementar signos religiosos y sacramentales en la vida familiar será de gran ayuda para celebrar la salvación que viene de Dios. Los acontecimientos familiares son una ocasión oportuna para celebrar el paso de Dios en la vida personal y familiar: cumpleaños, aniversarios, primer día del mes, tiempos litúrgicos, etc.

La celebración de los sacramentos desde la familia implica una adecuada preparación. Es importante buscar que la celebración de los sacramentos involucre a toda la familia y que de alguna forma sea una oportunidad para invocar a Dios en sus vidas: bautismo, confirmación, primera comunión, matrimonio, unción de enfermos, reconciliación. Pero sobre todo la Eucaristía dominical ha de convertirse en la celebración más importante para la vida familiar. Que la celebración dominical sea una fiesta para la familia. Hacer fiesta en la presencia de Dios ayudará a la familia a recuperar el sentido del tiempo sagrado y a darle significado a la vida familiar.

4.- COMPROMISO.

Se puede invitar a una familia que comparta su testimonio de vida sobre el cómo se preparan para celebrar los sacramentos en familia o sobre los signos que utilizan en la casa que expresan la fe en Dios. Pueden además ayudar las siguientes preguntas.

- 1.- **¿Cómo podemos manifestar que nuestra casa es un altar consagrado a Dios?**
- 2.- **¿Qué hacer para prepararnos como familia a la celebración de los sacramentos?**
- 3.- **¿Qué podemos hacer para que la celebración dominical, sea una fiesta de familia?**

5.- CELEBRACIÓN.

Monitor: Toda nuestra vida está rodeada de signos que nos hablan de la salvación que Dios nos ofrece, pedios a la Sagrada familia que nos ayude a reconocer los signos de la presencia de Dios para que hagamos de nuestra casa un altar.

Todos: Oh, Dios, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar vivida en la fe y la obediencia a tu voluntad. Ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor a tus mandamientos. Socórrenos en nuestra misión de transmitir la fe a nuestros hijos. Abre su corazón para que crezca en ellos la semilla de la fe que recibieron en el bautismo. Fortalece la fe de nuestros jóvenes, para que crezcan en el conoci-

miento de Jesús. Aumenta el amor y la fidelidad en todos los matrimonios, especialmente aquellos que pasan por momentos de sufrimiento o dificultad. Unidos a José y María, te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Canto: Familia de amor.

Juan Manuel Padilla Díaz.

*Una familia de fe, una familia de amor,
Familia que comunica, que ama, que ríe
En la verdad del amor.*

*Una familia de paz, familia de vocación.
Familia que testifica, donde su modelo de vida es Dios.*

*El mundo de hoy nos presenta una falsa realidad;
no existen íntimos lazos, que den vida.
Todo se ha vuelto virtual.*

*No se exige sacrificio, responsable paternidad;
se busca caminar, senderos fáciles;
hombres con debilidad.*

Estrillo...

*Las familias son más pequeñas,
Se ha perdido su identidad.
Se busca unificar, ser madre y padre
Sin un digno calor de hogar.*

*Se han desintegrado valores en esencia del ser;
el cuerpo se ha convertido, en gozo
solo en fuente de placer.*

Estrillo...

*Para ser familias fuertes que vivan en el amor,
se necesita de Cristo, de María
ser un hogar de oración.*

*Debemos emprender una lucha que de vida a la libertad,
Donde las familias viviendo unidas,
logremos un mundo de paz.*

Estrillo...



3.- ¡Esperamos un hermanito!



Celebremos el don de la vida con esperanza

Objetivo: Valorar la grandeza y la dignidad de la vida humana, como don de Dios, para que fomentando la espiritualidad de la vida, seamos promotores de esperanza en nuestro mundo.

1.- ORACIÓN INICIAL.

Monitor: Nos reunimos en este tercer día de la semana de la familia. Hoy queremos reflexionar en la grandeza y en la dignidad de la vida humana. Toda vida es un regalo de Dios. Toda vida tiene una carga fuerte de esperanza, de ilusión. Escuchemos la Palabra de Dios que nos presenta a Ana, una anciana que pide a Dios un hijo.

Lectura: 1 Sam. 1, 9-20.

«Después de comer y beber en Siló, Ana se levantó. El sacerdote Elí estaba sentado en su silla, junto a la puerta del santuario del Señor. Ella, llena de amargura, estuvo llorando desconsoladamente y suplicando al Señor, a la vez que le hacía esta promesa:

-Señor todopoderoso, si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí, si no olvidas a tu sierva y le das un hijo varón, yo lo consagraré al Señor por todos los días de su vida y la navaja no pasará por su cabeza. Al prolongar ella su oración ante el Señor, Elí se puso a observar sus labios; como Ana oraba en silencio, sus labios se movían, pero no se oía su voz. Entonces Elí pensó que estaba borracha y le dijo: -¿Hasta cuándo seguirás borracha? A ver si se te pasa el efecto del vino.

Ana Respondió: -No, señor mío, es que soy una mujer desgraciada. No he bebido vino ni licor; estoy desahogando mi corazón ante el Señor. No tomes a tu sierva por una mujer perdida, pues el exceso de mi pena y mi dolor me han movido a orar de este modo. Elí le dijo: -Vete en paz, y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido. Ella dijo: -Que tu sierva alcance tu favor. Y regresó por donde había venido. Después comió y ya no parecía la misma.

Se levantaron de madrugada, adoraron al Señor y regresaron a su casa, a Ramá. Elcaná se acostó con Ana, su mujer, y el Señor se acordó de ella. Ana concibió y dio a luz un hijo, al que puso por nombre Samuel, pues dijo: -¡Al Señor se lo pedí!». Palabra del Señor.

Monitor: La suplica de Ana es escuchada. El Señor se compadece del dolor de esta mujer y le

concede un hijo. Se hace un momento de silencio y se puede comentar lo que más llama la atención de la lectura.

Se hace una procesión con un niño Dios y un pesebre, mientras se hace la procesión se hace el canto.



Canto:

GRACIAS SEÑOR, POR EL MILAGRO DE LA VIDA

*Gracias Señor, por el milagro de creamos.
Gracias Señor, por el milagro de encarnarte.
Gracias Señor, por el milagro de salvarnos.
Gracias por el milagro de hacernos a tu imagen.*

*Gracias por el milagro de la vida.
Gracias por el milagro del amor.
Gracias por el milagro de borrar nuestras culpas.
Gracias Señor.*

Oración: ¡Madre, ayuda nuestra fe!

Todos: ¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Papa Francisco, Porta Fidei.

2.- EXPERIENCIA DE VIDA:

Penso en Abortar a su hija, con síndrome down ahora corre maratones con ella.

WASHINGTON D.C., 17 Oct. 12 / 10:48 am (ACI/ EWTN Noticias).

Heath White, un atleta, piloto graduado de la Fuerza Aérea de Estados Unidos y agente del FBI, que creía tenerlo todo, pensó en abortar a su hija Paisley por tener síndrome de Down. Ahora corre maratones con ella y cuenta la historia que le dio luz a su vida.

Desde 2008, poco antes de que su pequeña cumpliera su primer año, White corre todo tipo de maratones llevándola en su coche, buscando formar conciencia sobre la dignidad de la vida de las personas con Síndrome de Down, y dando testimonio de su amor de padre.

En el programa E:60, conducido por Tom Rinaldi, del canal deportivo

ESPN, se reveló la historia de White, quien estaba obsesionado por la perfección, y que esperaba que su primera hija fuera, en palabras de su esposa, Jennifer, «perfecto, como lo era él». Y Pepper White, que nació en 2005 cumplía los estándares esperados por los esposos White.

Sin embargo, un año después, al revelarse que Jennifer estaba embarazada por segunda vez, las pruebas prenatales revelaron que su segunda hija tendría Síndrome de Down.

Jennifer White confesó a Rinaldi que temía que su esposo «se fuera, que se escapara». «Lo peor es que sabía que él probablemente quería que la aborte, porque sabía que sus convicciones no eran tan fuertes como las mías», recordó.

En efecto, Heath White intentó denodadamente convencer a su esposa para abortar a su bebé, por temor a «lo que la gente pensaría de mí».

Jennifer White recordó que durante el embarazo, su esposo, a quien confiesa amar «más que a la vida», no era grosero o desagradable sino que «estaba ausente. Él simplemente no estaba ahí emocionalmente, en lo absoluto».

En efecto, Heath White intentó denodadamente convencer a su esposa para abortar a su bebé, por temor a «lo que la gente pensaría de mí».



«Tuve que pensar ‘¿Y si lo hago? ¿Qué pasa si la aborto, si me deshago de ella? Y recuerdo una pequeña voz en mi cabeza diciendo ‘No hay manera, no sucederá. Imposible’. Me refiero a que pensé en eso quizás por una hora. Él lo hizo durante meses».

White sintió que le daban «un bebé roto» y se preguntaba una y otra vez «¿por qué yo?».

En una carta que Heath White escribe a su hija Paisley, y que actúa como hilo conductor del reportaje, le confiesa que «antes de que tú nacieras sólo me preocupaba de cómo tu discapacidad se reflejaba en mí. Ahora no hay mejor espejo en el mundo. Tú eres mi luz en la oscuridad, y es un privilegio ser tu papá. Te ama siempre, papi».

La carta, que Heath White comenzó a escribir cuando Paisley tenía 18 meses, es «solamente mi forma de repetir. Las posibilidades apuntan a que ella nunca hubiera sabido la forma en la que me sentí antes de que ella naciera. Ese hubiera sido mi secreto sucio que guardaría para siempre. Pero no quería que sea un secreto, quería que ella sepa que lo es todo para mí».

Heath recordó que cuando Paisley nació, en marzo de 2007, su madre le dijo que su pequeña se veía como si no tuviera Síndrome de Down. Él, incómodo, dijo «ella está mintiendo. Puedes definitivamente ver que ella tiene Síndrome de Down».

Su esposa recordó en el reportaje, entre sollozos y con la voz entrecortada, que sintió como si «hubiera perdido un bebé, a pesar de que tenía una sentada justo frente a mí».

«Creo que fue después de que comencé a alimentarla que dije ‘ella está bien, es perfecta, vamos a estar bien».

Para Heath, sin embargo, aceptar a su hija le tomó muchos meses. Sin embargo, llegó el día, un «momento crucial», en que mientras jugaba con Paisley y le hacía cosquillas, ella se reía y lo empujaba. «En ese momento me di cuenta de que ella era como cualquier otra niña, ella es mi niña».

Desde entonces, Heath White sintió la necesidad de mostrarle al mundo a su hija, por lo que decidió correr en maratones una vez más, luego de dejarlo por varios meses, pero esta vez llevando delante a Paisley, en su coche. Heath dijo que quería que «todo el mundo viera que estaba orgulloso de ella».

«Nadie sabía cómo me sentía antes de que ella naciera, y si puedo evitar que una familia, una persona viva con la culpa de casi cometer el error que yo casi cometí, va a valer el dolor que Paisley sentirá más adelante en su vida cuando sepa cómo me sentí».

Heath reveló que su temor es que «un día, alguien la llame ‘retrasada’, que alguien use esa palabra en su presencia, o se burle de ella porque es diferente, y tener que explicarle sobre la sociedad, y tener que construirle un respaldo de autoestima para que sepa cuánto la amo».

«Todo lo que he hecho, todo lo que he tratado de lograr, nunca iba a ser perfecto. Pero mi amor por Paisley es perfecto. Siempre voy a estar ahí para asegurarme de que ella llegue a la meta».

Preguntas:

- 1.- **¿Qué te hace pensar esta historia?**
- 2.- **¿Qué piensa la sociedad de las personas con alguna discapacidad?**
- 3.- **¿En qué hechos manifestamos que no valoramos la vida adecuadamente?**

3.- REFLEXIÓN.

1.- Una cultura de muerte.

La época moderna que estamos viviendo presenta grandes paradojas, por un lado hay un avance científico y técnico sorprendente y por otro hay agresiones directas a la vida de las personas; es una época caracterizada por exaltar los derechos humanos y se atropella el derecho fundamental de la vida. El Papa Juan Pablo II escribió en 1995 en la Encíclica *Evangelium Vitae* que: «estamos frente a una realidad más amplia, que se puede considerar como una verdadera y auténtica estructura de pecado, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la

solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera «cultura de muerte»» (EV 12).

Esta cultura de muerte se manifiesta sobre todo en los ataques que se realizan en contra de la vida humana en cualquiera de sus fases. Entre los signos que manifiestan esta cultura de muerte el Papa Juan Pablo II nos recuerda lo dicho en el Concilio Vaticano II en la Constitución *Gaudium et Spes*: «Todo lo que se opone a la vida, como los homi-



cidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que ofende a la dignidad humana, como las condiciones inhumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas estas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran más a quienes los practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador» (EV 3).

Estos signos de muerte, se ven agrandados, señala el Papa, por las acciones de los estados llamados democráticos, que pretenden legislar los ataques a la vida, legalizando su práctica. La medicina misma actúa muchas veces en contra de la defensa y promoción de la vida. Lo más dramático de todo es que se oscurece la conciencia: «El resultado al que se llega es dramático: si es muy grave y preocupante el fenómeno de la eliminación de tantas vidas humanas incipientes o próximas a su ocaso, no menos grave e inquietante es el hecho de que a la conciencia misma, casi

oscurecida por condicionamientos tan grandes, le cueste cada vez más percibir la distinción entre el bien y el mal en lo referente al valor fundamental mismo de la vida humana» (EV4).

La cultura de muerte nos ha ido llevando poco a poco a oscurecer la conciencia y tener graves dificultades para distinguir entre el bien y el mal, sobre todo en lo referente a la vida humana. Hay quienes llegan a creer que ciertas prácticas en relación

al aborto deberían ser admitidas: embarazo en caso de violación o cuando hay malformaciones graves o embarazo en adolescentes, etc. Hay otros que sobre el final de la vida admitirían un suicidio asistido o prácticas eutanásicas, alegando baja calidad de vida o mucho sufrimiento o invalidez permanente. Cuando se oscurece la conciencia se puede llegar a prácticas que atentan directamente contra la vida y contra los derechos fundamentales de la persona.

El oscurecimiento de la conciencia ha llevado a ataques nuevos en contra de la vida: «Pero nuestra atención quiere concentrarse, en particular, en otro género de atentados, relativos a la vida naciente y terminal, que presentan caracteres nuevos respecto al pasado y suscitan problemas de gravedad singular, por el hecho de que tienden a perder, en la conciencia colectiva, el carácter de «delito» y a asumir paradójicamente el de «derecho», hasta el punto de pretender con ello un verdadero y propio reconocimiento legal por parte del Estado y la sucesiva ejecución mediante la intervención gratuita de los mismos agentes sanitarios. Estos atentados golpean la vida humana en situaciones de máxima precariedad, cuando está privada de toda capacidad de defensa. Más grave aún es el hecho de que, en gran medida, se produzcan precisamente dentro y por obra de la familia, que constitutivamente está llamada a ser, sin embargo, «santuario de la vida» (EV 11).

En la vida familiar muchas de estas ideas se han ido incubando y se han ido aceptando poco a poco. La cultura de la muerte ha entrado en nuestros hogares y se aceptan prácticas que atentan contra la vida. Tener un hijo, en algunos hogares, ya no es una bendición y un don de Dios, sino una carga difícil de llevar. Atender a los enfermos o ancianos no es una prioridad en la vida familiar; hay muchos ancianos que viven en soledad total, ya sea abandonados en sus casas o en los asilos. El Papa Francisco llama a este fenómeno: «eutanasia encubierta».

Ante una cultura de muerte es necesario promover una cultura de vida. El Documento conclusivo de Aparecida nos lo recuerda: «Niños y ancianos construyen el futuro de los pueblos. Los niños porque llevarán adelante la historia, los ancianos porque transmiten la experiencia y la sabiduría de su vida» (DA 447). La cultura de la vida pasa por este diálogo generacional, diálogo que recoge lo valioso de los niños y de los ancianos y en general de toda la familia. Los jóvenes con su empuje y los ancianos con su sabiduría.

2.- La vida don de Dios.

En la experiencia de toda persona constatamos que la vida la hemos recibido, la vida se nos ha dado. Nosotros no nos hemos dado la vida ni la hemos pedido, simplemente se nos ha dado, otro ha tenido a bien darnos la vida. La vida es un don que cada uno de nosotros hemos recibido, de nuestros padres y de Dios.

El libro del Génesis expresa la intención de Yavhe al crear al hombre diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn. 1,26). La creación del hombre está inspirada en el mismo Dios. La segunda narración de la creación lo expresa de manera similar, donde aparece Yavhe formando al hombre de barro y participándole del aliento de vida: «Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un

aliento de vida, y el hombre fue un ser viviente» (Gn. 2,7). La intervención divina en la vida del hombre es clara: Dios crea al hombre, lo formó, le soplo aliento de vida. Estos elementos nos hacen pensar en la vida que Dios nos da, la vida del hombre participa de la vida del mismo Dios.

La vida como don de Dios tiene algunas características propias que podríamos tomar en cuenta: la vida es sagrada, es un derecho fundamental del hombre, la vida hay que defenderla y promoverla siempre.

La vida es un bien sagrado porque tiene sus raíces en el mismo Dios: «Al hombre se le ha dado una altísima dignidad, que tiene sus raíces en el vínculo íntimo que lo une a su Creador: en el hombre se refleja la realidad misma de Dios» (EV 34). El hombre no es sólo un ser viviente, sino que refleja la vida del mismo Dios, ha sido creado a imagen de Dios. «En la vida del hombre la imagen de Dios vuelve a resplandecer y se manifiesta en toda su plenitud con la venida del Hijo de Dios en carne humana» (EV 36). La vida tiene por tanto un carácter inviolable, de ahí nace

el mandato de «no matarás». La vida le pertenece a Dios, no al hombre, al hombre se le ha dado como regalo. La vida es un bien que Dios nos participa y que comparte con nosotros.

Reconocer la vida como un bien sagrado implica para cada uno de nosotros y para la familia el valorar y respetar la vida de cada uno de sus miembros, en todas las etapas y circunstancias de la vida. El fundamento de la dignidad de la persona está ahí en su origen, en su participación en la vida de Dios, en ser creado a imagen de Dios. El reto para cada uno es vivir la vida, reconociendo que la hemos recibido del mismo Dios y que en ella se manifiesta el mismo Dios.

La vida no es un bien absoluto, sino un bien fundamental. Esto significa que el bien absoluto está en Dios, la vida es el fundamento de nuestra



existencia. Existimos porque se nos ha dado la vida. La vida está en la base de nuestra existencia terrena, pero la vida en sí es pasajera, termina. La vida humana es el fundamento de todos los bienes, la fuente y la condición necesaria de cualquier actividad humana y de toda convivencia social. Toda vida es digna de vivirse porque es un bien para cada uno y para los demás. No podemos despreciar o desvalorar a ninguna persona, menos aún cuando de acuerdo a nuestros criterios, tiene alguna discapacidad o una enfermedad grave.

Hoy que encontramos tantas manifestaciones que atropellan la dignidad de la persona humana necesitamos promover y defender la vida en todas sus etapas y circunstancias. Hoy que hay tantas personas que le han perdido sentido a la vida y que buscan como acabar con ella, necesitamos recuperar su origen sagrado y su orientación hacia nuestro creador.

Hoy necesitamos hacer de nuestra familia un «santuario de la vida», que tiene su origen y su culmen en Dios. El Papa Francisco a dicho a los brasileños en la Semana nacional de familia: «no se debe ceder ante la cultura «de usar y tirar» que relativiza el valor de la vida. Invita por eso a proteger la vida desde el vientre materno y a defender y cuidar a las personas mayores que son la memoria y la sabiduría de los pueblos».

3. Celebramos gozosos la vida en familia.

La familia que acoge la vida como don de Dios vive con gozo cada momento de su existencia. La familia que reconoce la vida como don de Dios celebra, hace fiesta porque reconoce a Dios presente



en la vida misma. La vida se convierte así en un Evangelio, en una buena noticia para todos. Celebrar el evangelio de la vida es hacer fiesta por vivir, es alegrarse por el hecho mismo de vivir.

Para celebrar el evangelio de la vida, «urge ante todo cultivar, en nosotros y en los demás, una mirada contemplativa. Esta nace de la fe en el Dios de la vida, que ha creado a cada hombre haciéndolo como un prodigio (cf. Sal 139 138, 14). Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad,

sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (cf. Gn 1, 27; Sal 8, 6). Esta mirada no se rinde desconfiada ante quien está enfermo, sufriendo, marginado o a las puertas de la muerte; sino que se deja interpelar por todas estas situaciones para buscar un sentido y, precisamente en estas circunstancias, encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad» (EV 83).

La espiritualidad de la vida es entendida como una contemplación por la belleza y la gratuidad de la vida y al mismo tiempo como una responsabilidad ante ella.

Celebrar la vida en familia es desarrollar la capacidad de contemplación de la vida misma; es reconocer el don de Dios que se nos ha dado y compartirlo con los demás. Podemos entender la vida como un don para donarse. Una vida para darse en amor a los demás.

El Papa Juan Pablo II en *Evangelium Vitae* dice: «Res-



pecto al culto espiritual agradable a Dios (cf. Rm 12, 1), la celebración del Evangelio de la vida debe realizarse sobre todo en la existencia cotidiana, vivida en el amor por los demás y en la entrega de uno mismo. Así, toda nuestra existencia se hará acogida auténtica y responsable del don de la vida y alabanza sincera y reconocida a Dios que nos ha hecho este don. Es lo que ya sucede en tantísimos gestos de entrega, con frecuencia humilde y escondida, realizados por hombres y mujeres, niños y adultos, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos» (EV 86).

Esperar un hermanito, implica desarrollar la capacidad de contemplación del don de Dios en la vida de un nuevo ser, es oportunidad para desarrollar la capacidad de donación de toda la familia. Una nueva vida pone en movimiento toda nuestra capacidad de amar. La familia se hace «santuario de la vida» cuando es capaz de contemplar el don recibido y de generar la capacidad de donación de todos sus miembros a favor de la promoción de la vida.

Celebramos la vida en familia cuando la contemplamos, cuando la vivimos en el amor, amando sobre todo a los más desprotegidos. Hagamos fiesta en familia, por el don de la vida que se nos ha dado.

4.- COMPROMISO.

Puede invitarse a una familia a compartir su experiencia en un embarazo, sobre todo si este ha sido de alto riesgo o de cuidados intensivos. Además pueden compartir las siguientes preguntas.

- 1.- **¿Qué podemos hacer para respetar la dignidad de toda persona en nuestra familia?**
- 2.- **¿Cómo podemos fomentar la espiritualidad de la vida en nuestra familia?**
- 3.- **Ante los ataques a la vida humana, ¿Qué podemos hacer para defenderla?**



5.- CELEBRACIÓN.

Monitor: Agradecemos a Dios el don de la vida. Pedimos al Señor para que la vida sea amada, defendida, respetada y valorada. Acudimos a la Santísima Virgen María, para que como Ella, anunciemos, celebremos y testimoniemos el Evangelio de la vida a todos los hombres.

Madre de los vivientes



Todos: Oh María, aurora del mundo nuevo, Madre de los vivientes, a Ti confiamos la causa de la vida: mira, Madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer, de pobres a quienes se hace difícil vivir, de hombres y mujeres víctimas de

violencia inhumana, de ancianos y enfermos muertos a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.

Haz que quienes creen en tu Hijo sepan anunciar con firmeza y amor a los hombres de nuestro tiempo el Evangelio de la vida. Alcánzales la gracia de acogerlo como don siempre nuevo, la alegría de celebrarlo con gratitud durante toda su existencia y la valentía de testimoniario con solícita constancia, para construir, junto con todos los hombres de buena voluntad, la civilización de la verdad y del amor, para alabanza y gloria de Dios Creador y amante de la vida. Amén.

Juan Pablo II

4.- ¡También de dolor se canta!



Objetivo: Hacer una reflexión cristiana sobre la enfermedad y la muerte en la vida familiar, para que descubriendo su valor salvífico, las vivamos con fe, unidos a Cristo y a María, en la alegría de la salvación.

Celebremos el dolor y el sufrimiento como medio de salvación

1.- ORACIÓN

Monitor: Bienvenidos a este cuarto día de reflexión, en esta semana de la familia. Hoy vamos a centrarnos en un aspecto de nuestra vida que muchas veces no nos gusta mucho: la enfermedad, el dolor y la misma muerte. Vamos a centrar nuestra atención en Cristo que murió por nosotros para salvarnos. Es Cristo quien le da sentido a nuestro dolor, a nuestro sufrimiento y es él quien cura nuestras heridas. Escuchemos lo que nos dice la carta a Santiago.

Lectura: St. 5, 13-15.

«¿Está afligido alguno de ustedes? Que ore. ¿Está alegre alguno? Que cante himnos de alabanza.

Está enfermo alguno de ustedes? Que llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren sobre él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo; el Señor lo restablecerá, y le serán perdonados los pecados que hubiera cometido». Palabra del Señor.

Dejamos un momento de silencio para releer el texto. Nos preguntamos: ¿qué nos dice el texto? ¿Qué nos llama la atención? Se pueden compartir algunos comentarios.

Monitor: La carta de Santiago nos invita a orar sobre el enfermo y ungirlo en el nombre del Señor. La enfermedad y el dolor son parte de nuestra vida. Reconocemos que el Señor nos fortalece ante la enfermedad y el dolor.

Se puede hacer una procesión con algunos signos que expresen la enfermedad: muletas, jeringas, medicina, etc. Además se lleva aceite, si es posible el oleo de los enfermos y una Cruz. Mientras se hace la procesión se canta.

Canto:

EL AUXILIO ME VIENE DEL SEÑOR.

*El auxilio me viene del Señor,
Que hizo el cielo y la tierra.
El auxilio me viene del Señor
Que hizo el cielo y la tierra.*

*No permitirá que resbale tu pie,
Tu guardián no duerme,
No duerme ni reposa
El guardián de Israel.*

El auxilio me viene del...

Oración: ¡Madre, ayuda nuestra fe!

Todos: ¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Papa Francisco, Porta Fidei.

2.- EXPERIENCIA DE VIDA:

Lupita, la amiga de Jesús

En una ocasión, un sacerdote fue a un hospital a visitar a un sacerdote amigo que estaba enfermo; cuando se disponía a preguntar en la recepción por su compañero sacerdote, una alegre monjita lo reconoció y de forma espontánea le dice: Hola Padre. Viene a visitar al padre Andrés y el Sacerdote contesta así es. La monjita le dice: pero el padre está ocupado, el Sr. Obispo está con él, quiero pedirle un gran favor, mientras el padre se desocupa, podría visitar a una pequeñita que tenemos aquí, se llama Lupita y tiene 8 años. El padre pregunta. ¿Pues qué es lo que tiene? ¿De qué está enferma? La Monjita le explica que tiene cáncer en los huesos y ya ningún medicamento le hace efecto. Que no le vaya a apachurrar su manita y sus deditos porque le dolerán mucho, más de lo que se imagina.

La monjita dirigiéndose a Lupita le dice: - hola Lupita ¿cómo estás? ¿Cómo amaneciste? La respuesta de la niña fue – mucho mejor Madre Teresita. La monjita le dice: mi niña te traigo una sorpresa que te va a alegrar mucho y la niña inquieta pregunta: – ¿qué es madrecita, qué es? En eso entra el sacerdote con una sonrisa muy franca y en saludo le dice ¿Cómo estas angelito?- Muy bien padrecito, y le pregunta aquel tierno angelito: ¿oiga padrecito usted ya fue a misa? El sacerdote contesta: – si miña antes de venirme de mi Parroquia celebre misa de seis de la mañana. -Le puedo pedir un favorcito padrecito, acérquese un poquito porque quiero estar cerquitas de mi amigo Jesús que lo trae en su corazón. La niña poniendo su mano en el pecho del sacerdote cerró sus ojitos y como resultado le salieron dos lagrimitas. El sacerdote conmovido y a su lado la monjita comenzaron a llorar; el sacerdote dice: que regalo tan grande me ha permitido Dios, tener entre mis manos al ángel del Señor. Fueron segundos muy hermosos.

A los pocos días aquel sacerdote se daba cuenta que Lupita había sido llamada por Dios a participar de su gloria. Para el sacerdote aquel, los enfermos son un hermoso regalo que Dios nos tiene preparado para ver su presencia real en ellos.

Así como Lupita vivió su dolor con la espera gozosa en el encuentro Eucarístico con el Señor.

Ahora nos preguntamos:

- 1.- ¿Qué te llama la atención de esta historia?
- 2.- ¿Qué actitudes tenemos frente a la enfermedad y el sufrimiento?
- 3.- ¿Por qué ungimos con los santos oleos a los enfermos?
- 4.- ¿Por qué la enfermedad y el dolor nos entristecen?

3.- REFLEXIONAMOS.

1.- Una sociedad desenfrenada al placer.

La sociedad actual se caracteriza por la búsqueda desesperada de lo placentero con satisfacciones inmediatas. Es una sociedad hedonista donde la persona ha centrado la atención en la satisfacción de sus deseos y de sus necesidades. Los medios de comunicación sobre estimulan los deseos invitando a su satisfacción inmediata. El documento de aparecida habla de esta cultura diciendo: «Como sólo se necesita lo inmediato, la felicidad se pretende alcanzar con bienestar económico y satisfacción hedonista» (DA 50). Es una cultura que en muchos casos se rige por los deseos y no tanto por la razón.

En esta cultura es difícil aceptar la frustración, el sufrimiento y el sacrificio. La cultura hedonista propone quitar todo límite que pueda entorpecer o inhibir lo placentero. Esta cultura nos está llevando a tener dificultades para integrar las situaciones difíciles de la vida, queremos evitarlas a toda costa. Hoy queremos evitar el dolor, somos intolerantes a los sacrificios, la enfermedad provoca desesperación, los ancianos son relegados en asilos, queremos sacar la muerte de nuestras casas, queremos que la vida sea fácil.

Cuando el hombre tiene poca tolerancia a la frustración, busca compensaciones que inhiban su frustración, así cae fácilmente en estados depresivos, se deja llevar por las adicciones (alcohol, droga, sexo, etc.); se siente mal porque las cosas no resultan como el quería. La cultura hedonista nos abre un horizonte de vida, donde lo más importante sería experimentar placer y bienestar quitando todo esfuerzo y sacrificio.

La familia en la actualidad se ha visto envuelta en esta cultura del poco esfuerzo y de la búsqueda de satisfacciones inmediatas. En la familia hay razonamientos que expresan esta cultura, tales como: ¿por qué privarme de mis gustos? Que mis hijos no sufran lo que yo sufrí. Dale lo que pide para que no lllore. No le prohíbas porque se puede frustrar. Déjalo que se divierta. En la casa se ha ido implantando esta cultura de lo fácil, lo placentero, lo cómodo, lo light.

La cultura hedonista nos ha ido llevando a tenerle miedo al dolor, al sufrimiento, a la enfermedad, a la muerte. Tenemos miedo sufrir y vemos el sufrimiento como castigo. En esta cultura es difícil encontrarle sentido al sufrimiento y cuando este se presenta en nuestra vida no sabemos qué hacer y nos desesperamos, renegamos, sufrimos de más. El catecismo de la Iglesia afirma: «La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a El» (CEC 1501). El sufrimiento nos puede destruir o nos puede ayudar a madurar y encontrarnos con Dios.

2.- El dolor que salva.

En la sagrada escritura aparece un personaje que es tocado por el sufrimiento, el Santo Job. Parece que a Job le han tocado todas las desgracias hasta llegar incluso a experimentar la enfermedad y el dolor que le hacen pedir incluso la muerte. Sus amigos y su misma esposa quieren convencerlo de que sufre porque es un pecador, sin embargo la experiencia de Job nos introduce



en el misterio del sufrimiento: el justo sufre, sin haber cometido algún delito.

Pero el sufrimiento de Job nos deja sin una explicación clara del porqué del sufrimiento. Es Cristo Jesús quien viene a revelarnos el sentido profundo del sufrimiento. «Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con El y nos une a su pasión redentora» (CEC 1505). Cristo asume el sufrimiento para la salvación del hombre, abraza el sufrimiento por amor al hombre. Es un amor salvífico, dice el papa Juan Pablo II (SD 14). Jesús nos revela la dimensión de la redención, asume el sufrimiento para que el hombre tenga vida eterna. Jesús no viene a quitar el sufrimiento físico, sino que nos ofrece vida eterna. En otras palabras el sufrimiento físico como camino de salvación eterna.

A partir de Cristo el sufrimiento adquiere una dimensión salvífica. «Como resultado de la obra salvífica de Cristo, el hombre existe sobre la tierra con la esperanza de la vida y de la santidad eternas. Y aunque la victoria sobre el pecado y la muerte, conseguida por Cristo con su cruz y resurrección no suprime los sufrimientos temporales de la vida humana, ni libera del sufrimiento toda la dimensión histórica de la existencia humana, sin embargo, sobre toda esa dimensión y sobre cada sufrimiento esta victoria proyecta una luz nueva, que es la luz de la salvación» (SD 16).

Es importante decir que el sufrimiento no se acepta ciegamente, sufrir por sufrir, sino que en el sufrimiento hay una dosis fuerte de amor. «En la cruz de Cristo no sólo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido» (SD 19). El sufrimiento que salva tiene como nota característica el amor, la entrega, la donación; así como Cristo que ama al hombre y se entregó totalmente para salvarlo. El sufrimiento por el sufrimiento pierde todo sentido y todo significado, el sufrimiento por amor es salvador. «El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor» (LF 56).

El Papa Francisco nos invita a descubrir en el sufrimiento una oportunidad de crecimiento en la fe y en el amor. El cristiano es purificado por el sufrimiento, como el oro es purificado por el fuego. Sólo desde la fe se puede dar significado al sufrimiento, sólo desde la fe el sufrimiento es salvador para el hombre. El Papa Francisco nos invita a descubrir la luz que ofrece el sufrimiento al camino del hombre: «La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y eso basta para caminar» (LF 57).

El sufrimiento salvador se vive en el amor, en la entrega; purifica la vida del hombre e ilumina su camino diario. Es importante que nuestras familias vivan los momentos de dolor y sufrimiento en el amor, como espacios de salvación para toda la familia. Es verdad que no podemos librarnos del sufrimiento, pero si le podemos dar otro sentido, un significado nuevo que ilumine nuestro camino de vida. Ejercitarnos en pequeñas privaciones nos prepara para enfrentar las grandes pruebas y los grandes sufrimientos. Para quien no tiene fe, el sufrimiento es una desgracia, para el hombre de fe es salvación.

Cristo, con su muerte en la cruz, nos introduce en un sentido nuevo del dolor y del sufrimiento. Es en la cruz de Cristo donde encontramos toda la

fuerza y la profundidad del sufrimiento como medio de salvación. «El sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo. Y a la vez ésta ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo: ha sido unida al amor, a aquel amor del que Cristo hablaba a Nicodemo, a aquel amor que crea el bien, sacándolo incluso del mal, sacándolo por medio del sufrimiento, así como el bien supremo de la redención del mundo ha sido sacado de la cruz de Cristo, y de ella toma constantemente su arranque. La cruz de Cristo se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva» (SD 18).

El sufrimiento vivido así, da significado a la vida del hombre en la tierra y a los dolores que experimenta en su diario caminar y lo impulsa a la vida eterna. El sufrimiento unido a la cruz de Cristo salva a la persona y al mundo entero. Vivir el sufrimiento unido a Cristo da sentido a la vida y nos abre el camino a la vida eterna.

3.- La familia de pie ante la cruz.

La cruz para los cristianos es signo de salvación, de entrega, de sufrimiento y de muerte. Es un signo que expresa el amor de Dios por la humanidad. En la cruz Cristo muere por nosotros, para perdonarnos los pecados. La cruz es el signo de la victoria, en la cruz Cristo vence el pecado y la muerte. En la cruz Cristo es glorificado, levantado en lo alto para ser entronizado como rey supremo del cielo y de la tierra.

La familia que es tocada por el sufrimiento, el dolor y la muerte está llamada a vivir estos momentos de pie, porque confía en el Señor y tiene puesta su esperanza en la vida eterna. Estar de pie frente a la cruz es vivir el sufrimiento unidos a Cristo, con entereza y confianza en Dios.



El sufrimiento es oportunidad de crecimiento en el amor. Muchos matrimonios y familias se han visto fortalecidos en el amor viviendo su sufrimiento y su dolor unidos a Cristo.

Para vivir la experiencia del sufrimiento de pie, tenemos muchos ejemplos de vida. María permanece de pie ante la cruz, en la crucifixión. San Pablo ofrece sus padecimientos por la salvación propia y de toda la Iglesia: «Ahora me alegro de padecer por ustedes, pues así voy completando en mi existencia terrena, y a favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de sus sufrimientos» (Col. 1,24).

En la vida diaria encontramos hombres y mujeres que nos ayudan a encontrar luz en su propio sufrimiento. El Papa Francisco señala a «San Francisco de Asís, del leproso; la Beata Madre Teresa de Calcuta, de sus pobres». Ellos fueron inspiración para vivir una vida entregada a los demás, una vida entregada a Dios. En los que sufren han captado el misterio que se esconde en ellos.

Acompañar a los que sufren es encontrar luz para nuestro camino. Ante el que sufre, hay que permanecer de pie para poder aliviar su dolor, para acompañarlo en los males que le aquejan.

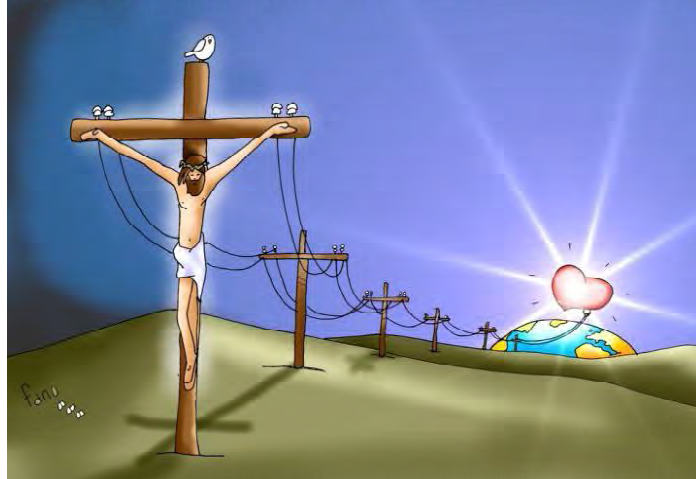
Estar de pie ante la cruz, para la familia implica darle significado al sufrimiento uniéndolo a la pasión de Cristo. Estar de pie ante la cruz es acercarse al que sufre para prestarle un servicio en el amor de Cristo. Es acercarnos como la Verónica, para enjugar el rostro ensangrentado de Cristo en nuestros hermanos

tocados por el sufrimiento, por el dolor, por la enfermedad. Hoy necesitamos que nuestra familia este de pie ante el signo de la cruz en el sufrimiento propio y de los demás.

Finalmente estar de pie ante la cruz, es dar gloria a Dios por el dolor propio. Nuestra gente lo entiende bien diciendo: «bendito sea Dios». Pa-

blo y Silas encarcelados, cantan himnos al Señor. Ante la enfermedad hay que aprender a elevar himnos y cánticos al Señor. Para el cristiano los sufrimientos son un motivo más para alabar a Dios, pues actualizan la salvación que Cristo ofreció por nosotros y por el mundo entero en la Cruz.

Cuantos enfermos en la familia viven en una continua alabanza a Dios, ofreciendo su dolor por la salvación propia y de toda la Iglesia. Vemos a muchos enfermos orando permanentemente, con su rosario desgastado en la mano. Como dice el dicho: «También de dolor se canta». Se canta porque se sabe en quien se ha puesto la confianza, se canta porque se espera vida nueva, vida eterna. Hoy necesitamos familias que estén de pie ante la cruz y canten alabanzas al Señor Dios Todopoderoso.



miento que hace del valor del sufrimiento, Pablo descubre su sentido salvador. Nosotros que experimentamos el dolor y el sufrimiento, buscamos encontrarle su sentido salvador para alegrarnos en el Señor, viviendo nuestros sufrimientos unidos a Cristo y poder acompañar a nuestros hermanos que sufren. Hagamos una oración por nuestros hermanos enfermos.

Se puede hacer una oración pidiendo salud y fortaleza para nuestros hermanos enfermos. Se concluye con la siguiente oración.

Oración de sanación

Señor Jesús, creo que estás vivo y resucitado. Creo que estás realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar y en cada uno de los que en ti creemos. Te alabo y te adoro. Te doy gracias, Señor, por venir hasta mí, como pan vivo bajado del cielo. Tú eres la plenitud de la vida. Tú eres la resurrección y la vida. Tú eres, Señor, la salud de los enfermos.

Hoy quiero presentarte todas mis enfermedades porque tú eres el mismo ayer, hoy y siempre y tú mismo me alcanzas hasta donde estoy. Tú eres el eterno presente y tú me conoces...

Ahora, Señor, te pido que tengas compasión de mí. Visítame a través de tu Evangelio para que todos reconozcan que tú estás vivo en tu Iglesia hoy; y que se renueve mi fe y mi confianza en ti. Te lo suplico, Jesús.

Ten compasión de mis sufrimientos físicos, de mis heridas emocionales y de cualquier enfermedad de mi alma. Ten compasión de mí, Señor.

Bendíceme y haz que vuelva a encontrar la salud. Que mi fe crezca y me abra a las maravillas de tu amor, para que también sea

5.- COMPROMISO.

Se puede invitar a una familia que comparta su testimonio ante la enfermedad de algún miembro de la familia o ante la pérdida de un ser querido, se pueden ayudar de las siguientes preguntas.

- 1.- **¿Cómo prepararnos para vivir el sufrimiento en nuestra familia?**
- 2.- **¿Qué hacer en nuestra familia para darle un sentido salvador al dolor y al sufrimiento?**
- 3.- **¿Qué podemos hacer para acompañar a nuestros hermanos enfermos?**

5.- CELEBRACIÓN.

Monitor: San Pablo en su carta a los Colosenses dice: «Ahora me alegro de padecer por ustedes, pues así voy completando en mi existencia terrena, y a favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de sus sufrimientos» (Col. 1,24). La alegría del apóstol está en el descubri-

testigo de tu poder y de tu compasión.

Te lo pido, Jesús, por el poder de tus santas llagas, por tu santa cruz y tu preciosa sangre.

Sáname, Señor. Sana mi cuerpo, sana mi corazón, sana mi alma.

Dame vida y vida en abundancia. Te lo pido por intercesión de María Santísima, tu madre, la Virgen de los Dolores, la que estaba presente, de pie, cerca de la cruz. La que fue la primera en contemplar tus santas llagas y que nos diste por madre.

Tú nos has revelado que ya has tomado sobre ti, todas nuestras dolencias y por tus santas llagas hemos sido curados.

Hoy, Señor, te presento en fe todas mis enfermedades y te pido que me sanes completamente.

Te pido por la gloria del Padre del cielo, que también sanes a los enfermos de mi familia y a mis amigos. Haz que crezcan en la fe, en la esperanza, y que reciban la salud para gloria de tu Nombre. Para que tu Reino siga extendiéndose más y más en los corazones, a través de los signos y prodigios de tu amor.

Todo esto te lo pido, Jesús, porque tú eres Jesús. Tú eres el buen pastor y todos somos ovejas de tu rebaño. Estoy tan seguro de tu amor que aún antes de conocer el resultado de mi oración, En fe, te digo: Gracias Jesús, por lo que tú vas a hacer en mí y en cada uno de ellos.

Gracias por las enfermedades que tú estás sanando ahora, gracias por los que tú estás visitando con tu misericordia. Amén.



Canto:

SÁNAME, SEÑOR CON TU ESPÍRITU.

*Sáname Señor con Tu espíritu (3)
y déjame sentir,
el fuego de tu amor,
aquí en mi corazón... Señor,
y déjame sentir,
el fuego de tu amor,
aquí en mi corazón Señor.*

*Lávame Señor con Tu espíritu (3)
y déjame sentir,
el fuego de tu amor,
aquí en mi corazón... Señor,
y déjame sentir,
el fuego de tu amor,
aquí en mi corazón Señor.*

*Renuévame Señor con Tu espíritu (3)
y déjame sentir,
el fuego de tu amor,
aquí en mi corazón... Señor,
y déjame sentir,
el fuego de tu amor,
aquí en mi corazón Señor.*

Todos:

Señor Jesús, queremos agradecerte por todos los dolores que por amor a nosotros padeciste y sigues padeciendo, y por las inmensas bendiciones que derramas por medio de las pruebas y tribulaciones que permites en nuestra vida.

Te pedimos sabiduría y discernimiento para descubrir tu presencia en ellas, paciencia y fortaleza para asumirlas y amor para aceptar tu voluntad.

Ayúdanos Señor para que en nuestro corazón encuentres tierra fértil, para que germine tu palabra y danos perseverancia para que con nuestra manera de vivir demos testimonio de que tu estas vivo en medio de nosotros y del grande amor que nos tienes.

María Madre nuestra enséñanos a vivir y aceptar los pequeños dolores y sufrimientos, a ejemplo de tu Hijo. Amén.

5.- Un carcelero de fiesta

**Celebraron una fiesta
en su casa
por haber creído en el Señor**



Objetivo: Meditar en la conversión del carcelero de Filipos, para que descubriendo la salvación que nos viene de creer en Dios, celebremos una fiesta de familia por haber creído en el Señor.

**¡Oh luz santísima!
llena lo más íntimo
de los corazones de tus fieles.**

**Sin tu ayuda,
nada hay en el hombre,
nada que sea bueno.**

**Lava lo que está manchado,
riega lo que está árido,
sana lo que está herido.**

**Dobla lo que está rígido,
calienta lo que está frío,
endereza lo que está extraviado.**

**Concede a tus fieles,
que en Ti confían
tus siete sagrados dones.**

**Dales el mérito de la virtud,
dales el puerto de la salvación,
dales la felicidad eterna.**

1.- ORACIÓN

INVOCACION AL ESPIRITU SANTO

**Secuencia de Pentecostés
Ven, Espíritu Santo,
y envía del Cielo
un rayo de tu luz.**

**Ven, padre de los pobres,
ven, dador de gracias,
ven luz de los corazones.**

**Consolador magnífico,
dulce huésped del alma,
su dulce refrigerio.**

**Descanso en la fatiga,
brisa en el estío,
consuelo en el llanto.**

1. LECTURA (Hch 16, 25-40)

Cerca de la medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban las alabanzas de Dios, mientras los otros prisioneros

los escuchaban. De pronto, la tierra comenzó a temblar tan violentamente que se conmovieron los cimientos de la cárcel, y en un instante, todas las puertas se abrieron y las cadenas de los prisioneros se soltaron. El carcelero se despertó sobresaltado y, al ver abiertas las puertas de la prisión, desenvainó su espada con la intención de matarse, creyendo que los prisioneros se habían escapado. Pero Pablo le gritó: «No te hagas ningún mal, estamos todos aquí».



hacer salir a escondidas! ¡De ninguna manera! Que vengan ellos en persona a dejarnos en libertad». Los inspectores repitieron estas palabras a los magistrados; estos, al enterarse de que eran ciudadanos romanos, se asustaron y fueron a tratar amigablemente con ellos. Luego los pusieron en libertad y los invitaron a alejarse de la ciudad. Cuando salieron de la prisión, Pablo y Silas fueron a la casa de Lidia, donde volvieron a ver a los hermanos y los exhortaron. Después partieron.

Palabra de Dios.

El carcelero pidió unas antorchas, entró precipitadamente en la celda y, temblando, se echó a los pies de Pablo y de Silas. Luego los hizo salir y les preguntó: «Señores, ¿qué debo hacer para alcanzar la salvación?». Ellos le respondieron: «Cree en el Señor Jesús y te salvarás, tú y toda tu familia». En seguida le anunciaron la Palabra del Señor, a él y a todos los de su casa. A esa misma hora de la noche, el carcelero los atendió y curó sus llagas. Inmediatamente después, fue bautizado junto con toda su familia. Luego los hizo subir a su casa y preparó la mesa para festejar con los suyos la alegría de haber creído en Dios.

Cuando amaneció, los magistrados enviaron a los inspectores para que dijeran al carcelero: «Deja en libertad a esos hombres». El carcelero comunicó entonces a Pablo: «Los magistrados me mandan decir que los deje en libertad; por lo tanto, salgan y vayan en paz». Pero Pablo respondió a los inspectores: «Ellos nos hicieron azotar públicamente sin juicio previo, a nosotros que somos ciudadanos romanos, y nos pusieron en la cárcel. ¡Y ahora nos quieren

2.- COMENTARIO AL TEXTO.

El motivo de la detención, que no leemos en esta lectura, fue que Pablo, al curar y convertir a una muchacha que actuaba de vidente o pitonisa, malogró el negocio de los que explotaban esta habilidad. Y además, las autoridades romanas sospecharon que estaba difundiendo el judaísmo en la ciudad, cosa que no querían.

Ayer tocaba éxito. Hoy, la persecución, la paliza y la cárcel. La cosa es que apalearon a Pablo y sus acompañantes y los metieron en la cárcel.

Fueron arrojados a la mazmorra, es decir, al lugar más profundo y seguro de la cárcel y se les trabaron los pies con el cepo, un pesado tronco de madera que les impediría caminar. Aún en estas circunstancias los apóstoles mantienen alto el ánimo: oran y cantan, asombrando seguramente a los demás encarcelados que, pronto, podrán explicarse el motivo de tanta entereza: nos dice el autor que una especie de terremoto liberó milagrosamente a los apóstoles del cepo y las cadenas, y abrió las puertas de la cárcel. Milagros como este son comunes en el libro de los Hechos y plantean agudamente el problema de su historicidad.

La escena que sigue está llena de detalles a cuál más interesantes:

A media noche, Pablo y Silas, a pesar de estar medio muertos por la paliza, cantan salmos a Dios, un oportuno temblor del edificio abre las puertas de la cárcel y rompe las cadenas, pero Pablo no aprovecha para escapar, sino que se preocupa de que el carcelero no se haga daño y le instruye en la fe a él y a toda su familia, y les bautiza y todo termina en una fiesta en casa del carcelero. Lo que podía haber sido un fracaso, termina bien. Y Pablo y los suyos pueden seguir predicando a Cristo, aunque deciden salir de Filipos, por la tensión creada.

El carcelero, antes de hablar, realiza una serie de movimientos: pide luz para ver qué pasa, entra de un salto en la prisión, tembloroso se arroja a los pies de los misioneros y luego los saca fuera de la cárcel. Luego viene la pregunta del carcelero: ¿Qué tengo que hacer para salvarme? Los misioneros piden al carcelero fe en el Señor Jesús, para que se salve él y su casa. Luego les anuncian la Palabra del Señor a él y a todos los de su casa. Por último, luego de lavar las heridas de Pablo y Silas, reciben el Bautismo él y todos los de su casa.

Después de todo esto, el carcelero les hizo subir a su casa y les preparó la mesa, donde posiblemente (no lo dice el texto) celebraron la Cena del Señor. Y así se alegró con toda su familia por haber creído en Dios. El texto insiste cinco veces en la participación de toda la casa del carcelero en la fe y la salvación, el anuncio de la Palabra, el Bautismo, la Eucaristía y el gozo. El carcelero y toda su casa han encontrado a Dios en la liberación de Pablo y Silas. ¿Por qué esta insistencia en la casa? Porque ésta era la estructura básica de la ciudad. La casa (oikos) y su lógica o racionalidad (la oiko-nomía) era la base de la ciudad (la polis) y la raíz de la ciudadanía (la politeía). El evangelio lo recibe personalmente el

carcelero, pero al mismo tiempo todos los de su casa. Hay una encarnación personal y estructural del Evangelio en la ciudad. Es interesante notar también el camino de salvación que sigue el carcelero y su casa: fe en el Señor Jesús-escucha de la Palabra del Señor-Bautismo-Eucaristía-Gozo.

3.- MEDITACION.

La gente se amotinó contra Pablo y Silas... Les arrancaron los vestidos, les azotaron con varas... Molidos a palos, los echaron a la cárcel. ¿Por qué todo esto?

Sencillamente, porque Pablo había exorcizado a una pobre muchacha, endemoniada, que daba mucha ganancia a sus amos por sus dotes adivinatorias. Así, los azotes recibidos en Asia procedían de los judíos, descontentos de ver la creciente expansión de la nueva Fe...

Señor, ¿qué es lo que quieres decirme, por medio de estos detalles? La violencia es de todos los tiempos. En todo tiempo se ha tratado de impedir a la Iglesia que llevara a cabo su obra.

Hacia la medianoche, Pablo y Silas oraban cantando himnos a Dios, y los otros prisioneros los escuchaban. Viven esa bienaventuranza. Son felices. ¡Cantan! Su actitud misma es una predicación del Evangelio: los otros prisioneros parecen sorprendidos: ¡Gente molida a palos y cantando! Esto ha de tener una explicación...

Dios es el todo de su vida. En las dificultades de la vida puede suceder que uno se rebele, y así es a veces. O bien, de modo un tanto misterioso, uno puede aceptar la extraña «bienaventuranza»: ¡Felices los que lloran! Repítenos, Señor, cómo ha de ser asumido el



sufrimiento para que se convierta en un valor.

De repente, un terremoto... las puertas de la cárcel quedan abiertas... El carcelero se despierta y quiere suicidarse creyendo que los presos habían huido. El pobre hombre, al cuidado y servicio de la cárcel está perturbado. Cree que ha fallado en sus responsabilidades como carcelero.

Pablo le grita al carcelero: «No te hagas ningún mal, estamos todos aquí. Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y toda tu familia».

¡Divertida situación! Es el prisionero quien reconforta a su guardián y quien le comunica la buena noticia: ¡no te hagas ningún mal! ¡Dios no quiere el mal de los hombres! ¡Dios quiere que la humanidad sea feliz!

En seguida el carcelero los llevó consigo a su habitación, lavó sus heridas, preparó la mesa y exultó de gozo con toda su familia. La no-violencia desarma. Extraña escena final, en la que se ve al verdugo curando a la víctima y recibéndola en su mesa familiar.

Exaltó de gozo, por haber creído en Dios. La fe progresa... como la alegría que la acompaña. Alegría y fe. Y esa alegría por haber creído no se queda en su interior va y la comparte con toda su familia, con los de su casa.

Toda la familia del carcelero hace fiesta y es que la fe en Cristo Resucitado provoca un gran gozo en el creyente que se manifiesta en la FIESTA.

¡Aumenta nuestra fe, Señor! ¡Aumenta nuestra alegría, Señor! Y que la cruz no sea fuente de tristeza sino que sea gozo para nuestra vida.

Preguntas:

1.- **¿Seríamos capaces de estar a medianoche, molidos de una paliza, cantando salmos con nuestros compañeros de cárcel?**

2.- **¿Sabemos aprovechar toda circunstancia en nuestra vida para seguir anunciando a Jesús, como hizo Pablo con el carcelero?**

3.- **Cinco veces se menciona la casa o familia del carcelero. ¿Qué significa esta evangelización de la casa y qué consecuencias pastorales tiene esto?**

4.- **¿Cómo hacer de mi fe una fiesta continua en mi familia?**

4.- CONTEMPLACION

La Pascua de Cristo, al ser vivida por nosotros mismos, continuamente nos hace pasar a una vida cada vez más perfecta, hasta que gozamos de su plenitud en la Vida eterna. Aquel carcelero, tiene, en pocos momentos, un proceso de conversión, que culmina en el reconocimiento de Jesús como Salvador, bautizándose en su

Nombre y celebrando una fiesta familiar. Tal vez la mayoría de nosotros, bautizados desde pequeños, vivamos nuestra fe, más por tradición familiar que por un auténtico compromiso personal con el Señor. Él nos invita en este día a reflexionar sobre las razones de nuestra fe, pues no la hemos de tener como una luz que se ha

ocultado debajo de una olla de barro, sino que la hemos de manifestar a través, no sólo del culto, sino también del bien que hagamos a los demás, limpiando las heridas de su pobreza, de las injusticias de las que hayan sido víctimas, de sus pecados que les hayan deteriorado su espíritu. La Iglesia de Cristo está, por tanto, llamada, a continuar la obra de salvación en el mundo. Tratemos, pues, de cumplir con la misión que Dios nos ha confiado para que todos lleguemos a participar de la alegría que nos viene por creer en Cristo Jesús.



La mirada del creyente ha de penetrar a profundidad y acoger el significado de la Palabra de Dios. Se nos quiere decir que el Evangelio no puede ser encadenado. Que aún la cárcel es territorio de misión.

Como en el caso del carcelero de Filipos que fue preservado del suicidio por la confortadora palabra de Pablo: «no te hagas daño, aquí estamos todos». Y lo que había comenzado tan dolorosa y dramáticamente termina en la alegría y en la luz y los cantos de la fiesta.

El carcelero junto con su familia hace fiesta por la fe recibida, y agasaja a los apóstoles. Así son los caminos de Dios. Para que aprendamos a valorar el don precioso que se nos ha hecho concediéndonos conocer, amar y creer en Jesucristo. Para que nos aseguremos de que, aún en medio de las circunstancias más adversas, podemos comunicar a otros nuestra fe, ser misioneros.

Ya estamos superando la idea de un Dios triste y aburrido. Dios no es un viejo en decadencia. Dios es la plenitud de la vida. El Dios de Jesucristo es el Dios del Amor gratificante, el Dios de la Alegría perfecta, el Dios de las Bienaventuranzas completas, el Dios de la Pascua victoriosa. Es el Dios que colma de gozo, que embriaga de Espíritu, que deleita y entusiasma en la oración y en el canto, que inunda de una paz que sobrepasa todo juicio».

«En presencia de Yahveh danzaré yo». Esta fue la respuesta que dio David a su esposa, cuando le recriminó que se pusiera a danzar como un cualquiera. «David danzaba con todas sus fuerzas ante Yahveh, vestido sólo con un roquete de lino» (2Sam. 6, 14-21).

Nosotros, más que reprender a David, tendríamos que reprendernos a nosotros mismos, porque no danzamos en presencia de Dios. Nos ponemos

ante El con demasiada seriedad y formulismo; mucha solemnidad y poca fiesta, mucha palabra y poca emoción, mucha rutina y poca pasión.

Lo mismo nos pasa en nuestra vida. Hay cargas necesarias, las del amor. Pero hay cargas que nos echamos encima innecesariamente para merecer, para cumplir, para ganar, para triunfar. Soltemos todas nuestras cargas y pongámoslas sobre el Señor (Mt. 11, 28-29). Libérate de angustias y preocupaciones. Vive confiado y jubiloso.

Convierte tu vida en un canto para el Señor.

Cuando Jerusalén tenía sobradas razones para el miedo y la tristeza, escucha una palabra profética que le llega al alma y le llena de alegría el corazón: No temas... El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva... Alégrate y gózate de todo corazón. Cuando Pablo, vencido y encadenado, tenía poderosas

razones para sentirse agobiado y deprimido, lanza este pregón desconcertante: «Estén siempre alegres en el Señor». El mismo, encarcelado en Filipos, en el calabozo interior y sujetos sus pies con grillos, con las espaldas sangrantes por los muchos azotes, se pone a medianoche a cantar himnos a Dios, llegando a conmover el edificio por la fuerte vibración del Espíritu. Sus queridos filipenses habían aprendido que la fe era una fiesta. Es el caso de Lidia y el carcelero, que «se alegró con toda su familia por haber creído en Dios».

Dicen que los primeros cristianos se apartaban de fiestas oficiales y de espectáculos públicos. ¿Saben por qué? Porque no los necesitaban, porque la fiesta la llevaban dentro. El cristiano está siempre alegre en el Señor, siempre.

El ¿por qué de nuestra alegría? La fuente de nuestra alegría es más bien secreta y misteriosa. No viene, desde luego, de este mundo. El cristia-



no se goza más en el servicio que en el poder, más en la pobreza que en el confort, más en el anonimato que en el éxito. No es una alegría que tenga relación directa con el placer o la comodidad o la fortuna. Tampoco es cuestión de temperamento o de receta psicológica o de terapia vitalista. Está en las antípodas de la diversión prefabricada o del fármaco hedonista o de las euforias del alcohol.

La alegría cristiana viene del Señor. Es un don o fruto del Espíritu. El cristiano se alegra: porque se siente inmensamente amado, porque ha dado sentido a su vida, que no es otro que el amor, porque nunca se siente solo. Vive siempre el gozo de la comunión, tanto hacia dentro como hacia fuera. Se siente salvado. Puede iluminar sus realidades oscuras, como el sufrimiento, la limitación y el fracaso. Todo lo relativiza, con gran sentido del humor, porque está seguro que nada, ni sus pecados, le apartarán del Señor, de su Amor y porque, gracias a Cristo, incluso la muerte se le convierte en Pascua.

Todas las razones vienen a resumirse en una: el amor. Sólo el que se siente amado y el que ama, puede vivir la intensa y grande alegría. Adán, por ejemplo, no se entusiasmó con las maravillas del paraíso terrenal, ni con todos los bienes que poseía, hasta que no encontró a la mujer y nació en su corazón herido -por lo de la costilla- el amor. Entonces dio un grito, danzó de entusiasmo.

Cuando amamos a una persona, ella es la fuente de nuestro gozo. Cuando nos sentimos amados, una seguridad y satisfacción enormes nos invaden. El amor da ritmo y color a la vida.

Yo comprendo que ame a la Iglesia, incluso que me ame a mí, pero compasivamente, que me ame como la madre al niño más débil y enfermo.



Pero ¿cómo se puede enamorar Dios de mí?, ¿cómo me puede amar con pasión? Conoce Dios mi barro perfectamente: mis caídas, mis olvidos, mis cansancios, mis rutinas, mis traiciones. ¡Si hasta me avergüenzo yo de mí mismo! Lo que pasa es que no conozco nada del amor, y menos aún del amor de Dios. El amor no busca motivos para amar. El amor de Dios siempre es gratuito. La belleza y la perfección nunca son la causa del amor de Dios, sino el efecto. Su amor nos crea, nos recrea, nos deleita y nos santifica.

5.- ORACION:

¡Madre, ayuda nuestra fe!

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Papa Francisco, Porta Fidei

Los Padres Transmisores de la Fe

Cada hijo es una muestra de confianza de Dios con los padres, que les encomienda el cuidado y la guía de una criatura llamada a la felicidad eterna. La fe es el mejor legado que se les puede transmitir; más aún: es lo único verdaderamente importante, pues es lo que da sentido último a la existencia. Dios, por lo demás, nunca encarga una misión sin dar los medios imprescindibles para llevarla a cabo; y así, ninguna comunidad humana está tan bien dotada como la familia para facilitar que la fe arraigue en los corazones.

El testimonio personal

La educación de la fe no es una mera enseñanza, sino la transmisión de un mensaje de vida. Aunque la palabra de Dios es eficaz en sí misma, para difundirla el Señor ha querido servirse del testimonio y de la mediación de los hombres: el Evangelio resulta convincente cuando se ve encarnado.

Esto vale de manera particular cuando nos referimos a los niños, que distinguen con dificultad entre lo que se dice y quién lo dice; y adquiere aún más fuerza cuando pensamos en los propios hijos, pues no diferencian claramente entre la madre o el padre que reza y la oración misma: más aún, la oración tiene valor especial, es amable y significativa, porque quien reza es su madre o su padre.

Esto hace que los padres tengan todo a su favor para comunicar la fe a sus hijos: lo que Dios espera de ellos, más que palabras, es que sean piadosos, coherentes. Su testimonio personal debe estar presente ante los hijos en todo momento, con naturalidad, sin pretender dar lecciones constantemente.

A veces, basta con que los hijos vean la alegría de sus padres al confesarse, para que la fe se haga fuerte en sus corazones. No cabe minusvalorar la perspicacia de los niños, aunque parezcan inge-

nuos: en realidad, conocen a sus padres, en lo bueno y en lo menos bueno, y todo lo que éstos hacen –u omiten– es para ellos un mensaje que ayuda a formarlos o los deforma.

Benedicto XVI ha explicado muchas veces que los cambios profundos en las instituciones y en las personas suelen promoverlos los santos, no quienes son más sabios o poderosos: «En las vicisitudes de la historia, [los santos] han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han remontado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitar; la han iluminado siempre de nuevo» [1].

En la familia sucede algo parecido. Sin duda, hay que pensar en cuál es el modo más pedagógico de transmitir la fe, y formarse para ser buenos educadores; pero lo decisivo es el empeño de los padres por querer ser santos. Es la santidad personal la que permitirá acertar con la mejor pedagogía.

"En todos los ambientes cristianos se sabe, por experiencia, qué buenos resultados da esa natural y sobrenatural iniciación a la vida de piedad, hecha en el calor del hogar. El niño aprende a colocar al Señor en la línea de los primeros y más fundamentales afectos; aprende a tratar a Dios como Padre y a la Virgen como Madre; aprende a rezar, siguiendo el ejemplo de sus padres. Cuando se comprende eso, se ve la gran tarea apostólica que pueden realizar los padres, y cómo están obligados a ser sinceramente piadosos, para poder transmitir –más que enseñar– esa piedad a los hijos" [2].

Ambiente de confianza y amistad

Por otra parte, vemos que muchos chicos y chicas –sobre todo, en la juventud y adolescencia– acaban flaqueando en la fe que han recibido cuando



sufren algún tipo de prueba. El origen de estas crisis puede ser muy diverso –la presión de un ambiente paganizado, unos amigos que ridiculizan las convicciones religiosas, un profesor que da sus lecciones desde una perspectiva atea o que pone a Dios entre paréntesis–, pero estas crisis cobran fuerza sólo cuando quienes las sufren no aciertan a plantear a las personas adecuadas lo que les pasa.

Es importante facilitar la confianza con los hijos, y que éstos encuentren siempre disponibles a sus padres para dedicarles tiempo. Los chicos –aun los que parecen más díscolos y despegados– desean siempre ese acercamiento, esa fraternidad con sus padres. La clave suele estar en la confianza: que los padres sepan educar en un clima de familiaridad, que no den jamás la impresión de que desconfían, que den libertad y que enseñen a administrarla con responsabilidad personal. Es preferible que se dejen engañar alguna vez: la confianza, que se pone en los hijos, hace que ellos mismos se avergüencen de haber abusado, y se corrijan; en cambio, si no tienen libertad, si ven que no se confía en ellos, se sentirán movidos a engañar [3]. No hay que esperar a la adolescencia para poner en práctica estos consejos: se puede propiciar desde edades muy tempranas.

Hablar con los hijos es de las cosas más gratas que existen, y la puerta más directa para entablar una profunda amistad con ellos. Cuando una persona adquiere confianza con otra, se establece un puente de mutua satisfacción, y pocas veces desaprovechará la oportunidad de conversar sobre sus inquietudes y sus sentimientos; que es, por otra parte, una manera de conocerse mejor a uno mismo. Aunque hay edades más difíciles que otras para lograr esa cercanía, los padres no deben cejar en su ilusión por llegar a ser amigos de sus hijos: amigos a los que se confían las inquietudes, con quienes se consultan los problemas, de los que se espera una ayuda eficaz y amable [4].

En ese ambiente de amistad, los hijos oyen hablar de Dios de un modo grato y atrayente. Todo esto requiere que los padres encuentren tiempo para estar con sus hijos, y un tiempo que sea “de calidad”: el hijo debe percibir que sus cosas nos interesan más que el resto de nuestras ocupaciones. Esto implica acciones concretas, que las circunstancias no pueden llevar a omitir o retrasar una y otra vez: apagar la televisión o el ordenador –o dejar, clara-

mente, de prestarle atención– cuando la chica o el chico pregunta por nosotros y se nota que quiere hablar; recortar la dedicación al trabajo; buscar formas de recreo y entretenimiento que faciliten la conversación y vida familiar, etc.

El misterio de la libertad

Cuando está por medio la libertad personal, no siempre las personas hacen lo que más les conviene, o lo que parecería previsible en virtud de los medios que hemos puesto. A veces las cosas se hacen bien pero salen mal –al menos, aparentemente–, y sirve de poco culpabilizarse –o echar la culpa a otros– de esos resultados.

Lo más sensato es pensar cómo educar cada vez mejor, y cómo ayudar a otros a hacer lo mismo; no hay, en este ámbito, fórmulas mágicas. Cada uno tiene un modo propio de ser, que le lleva a explicar y plantear las cosas de un modo diverso; y lo mismo puede decirse de los educandos que, aunque vivan en un ambiente semejante, poseen intereses y sensibilidades diversas.

Tal variedad no es, sin embargo, un obstáculo. Más aún, amplía los horizontes educativos: por una parte, posibilita que la educación se encuadre, realmente, dentro de una relación única, ajena a estereotipos; por otra, la relación con los temperamentos y caracteres de los diversos hijos favorece la pluralidad de situaciones educativas.

Por eso, si bien el camino de la fe de es el más personal que existe –pues hace referencia a lo más íntimo de la persona, su relación con Dios–, podemos ayudar a recorrerlo: eso es la educación. Si consideramos despacio en nuestra oración personal el modo de ser de cada persona, Dios nos dará luces para acertar.

Transmitir la fe no es tanto una cuestión de estrategia o de programación, como de facilitar que cada uno descubra el designio de Dios para su vida. Ayudarle a que vea por sí mismo que debe mejorar, y en qué, porque nosotros propiamente no cambiamos a nadie: cambian ellos porque quieren.

Diversos ámbitos de atención

Podrían señalarse diversos aspectos que tienen gran importancia para transmitir la fe. Uno primero es quizá la vida de piedad en la familia, la cercanía a Dios en la oración y los sacramentos. Cuando los padres no la “esconden” –a veces involunta-

riamente— ese trato con Dios se manifiesta en acciones que lo hacen presente en la familia, de un modo natural y que respeta la autonomía de los hijos. Bendecir la mesa, o rezar con los hijos pequeños las oraciones de la mañana o la noche, o enseñarles a recurrir a los Ángeles Custodios o a tener detalles de cariño con la Virgen, son modos concretos de favorecer la virtud de la piedad en los niños, tantas veces dándoles recursos que les acompañarán toda la vida.

Otro medio es la doctrina: una piedad sin doctrina es muy vulnerable ante el acoso intelectual que sufren o sufrirán los hijos a lo largo de su vida; necesitan una formación apologética profunda y, al mismo tiempo, práctica.

Lógicamente, también en este campo es importante saber respetar las peculiaridades propias de cada edad. Muchas veces, hablar sobre un tema de actualidad o un libro podrá ser una ocasión de enseñar la doctrina a los hijos mayores (esto, cuando no sean ellos mismos los que se dirijan a nosotros para preguntarnos).

Con los pequeños, la formación catequética que pueden recibir en la parroquia o en la escuela es una ocasión ideal. Repasar con ellos las lecciones que han recibido o enseñarles de un modo sugerente aspectos del catecismo que tal vez se han omitido, hacen que los niños entiendan la importancia del estudio de la doctrina de Jesús, gracias al cariño que muestran los padres por ella.

Otro aspecto relevante es la educación en las virtudes, porque si hay piedad y hay doctrina, pero poca virtud, esos chicos o chicas acabarán pensando y sintiendo como viven, no como les dicte la razón iluminada por la fe, o la fe asumida porque pensada. Formar las virtudes requiere resaltar la importancia de la exigencia personal, del empeño en el trabajo, de la generosidad y de la templanza.

Educación en esos bienes impulsa al hombre por encima de las apetencias materiales; le hace más lúcido, más apto para entender las realidades del espíritu. Quienes educan a sus hijos con poca exigencia —nunca les dicen que “no” a nada y buscan satisfacer todos sus deseos—, ciegan con eso las puertas del espíritu.

Es una condescendencia que puede nacer del cariño, pero también del querer ahorrarse el esfuerzo que supone educar mejor, poner límites a los apetitos, enseñar a obedecer o a esperar. Y como la dinámica del consumismo es de por sí insaciable,

caer en ese error lleva a las personas a estilos de vida caprichosos y antojadizos, y les introducen en una espiral de búsqueda de comodidad que supone siempre un déficit de virtudes humanas y de interés por los asuntos de los demás.

Creer en un mundo en el que todos los caprichos se cumplen es un pesado lastre para la vida espiritual, que incapacita al alma —casi en la raíz— para la donación y el compromiso.

Otro aspecto que conviene considerar es el ambiente, pues tiene una gran fuerza de persuasión. Todos conocemos chicos educados en la piedad que se han visto arrastrados por un ambiente que no estaban preparados para superar. Por eso, es preciso estar pendientes de dónde se educan los hijos, y crear o buscar entornos que faciliten el crecimiento de la fe y de la virtud. Es algo parecido a lo que sucede en un jardín: nosotros no hacemos crecer a las plantas, pero sí podemos proporcionar los medios —abono, agua, etc.— y el clima adecuados para que crezcan.

Como aconsejaba san Josemaría a unos padres: "procurad darles buen ejemplo, procurad no esconder vuestra piedad, procurad ser limpios en vuestra conducta: entonces aprenderán, y serán la corona de vuestra madurez y de vuestra vejez" [5].

--- Notas ---

- [1] Benedicto XVI, Discurso en la Vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud de Colonia, 20-VIII-2005.
- [2] San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 103.
- [3] San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 100.
- [4] San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 27.
- [5] San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Tertulia*, 12-XI-1972, en <http://www.es.josemariaescriva.info/articulo/la-educacion-de-los-hijos>



¡Madre, ayuda nuestra fe!

¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra,
para que reconozcamos
la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir
sus pasos, saliendo de nuestra tierra
y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor,
para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él,
a creer en su amor, sobre todo
en los momentos de tribulación
y de cruz, cuando nuestra fe
es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría
del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz
en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que
llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro
Señor.

Amén.



Papa Francisco, Porta Fidei